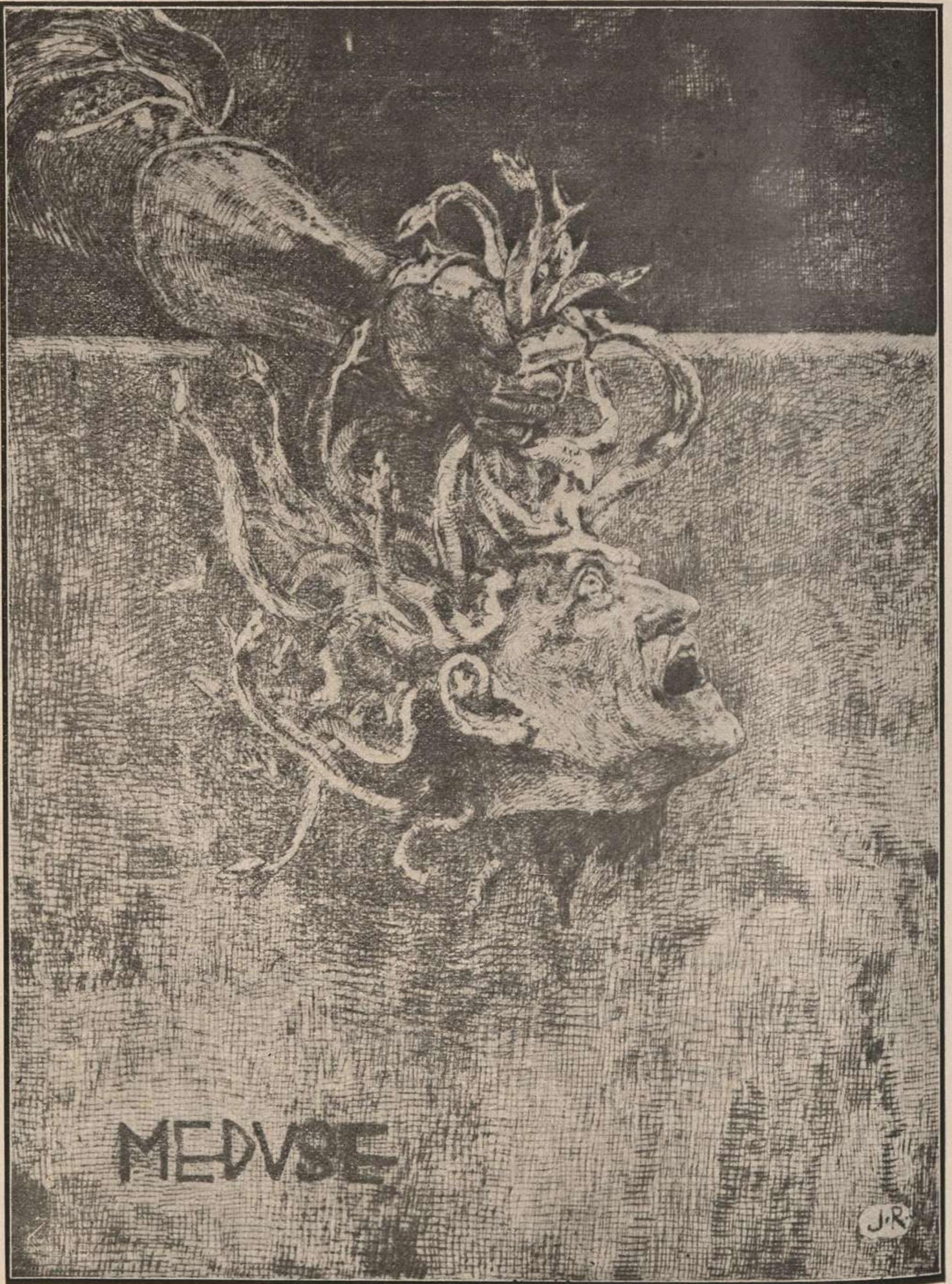


Agua - fuerte de Julio Ruelas.



MAYO DE 1907

REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

MODERNISMO

El Nuevo Mercurio, en el primer artículo de su segundo número, hace las siguientes preguntas:

1.^a ¿Cree usted que existe una nueva escuela literaria ó una nueva tendencia intelectual y artística?

2.^a ¿Qué idea tiene usted de lo que se llama modernismo?

3.^a ¿Cuáles son entre los modernistas los que usted prefiere?

4.^a En una palabra: ¿qué piensa usted de la literatura joven, de la orientación nueva del gusto y del porvenir inmediato de nuestras letras?

La cuestión es varia y, perdónesenos, mal planteada. Es claro que el modernismo existe, como el significado mismo de la palabra lo dice: lo novísimo. Cada generación tiene que traer novedades que desconocieron las anteriores. Y esto tiene que ser. ¿Se puede pensar y sentir ahora como sintieran Bakiledes ú Horacio, Fray Luis de León, ó Byron? ¿Refiriéndonos aquí— á México—Juan Díaz Covarrubias ó Alta-

mirano? Ciertó es que hoy un bello paisaje es lo mismo que ayer. Pero el fuero interno humano no es el mismo. El pensamiento se ha modificado. La sensación también se ha modificado. Difícil nos es comprender hoy á un *sansculotte* de ayer. Hemos circunscrito la libertad de nuestros abuelos y cada día más se irgue frente al derecho el deber. No se ha escrito otra *Iliada*, ni se escribirá otra *Divina Comedia*. Creo, en cambio, que llegará á escribirse otro *Manfredo*. El poeta de dentro de veinte siglos más tendrá que ser, no sólo *modernista*, sino *modernísimo*. Porque este vocablo, del que han hecho una palabreja de designación de escuela nueva, especialmente los menos aptos en letras, no significa sino lo flamante en literatura, y puede, con toda facilidad, haber modernista que nos sirva nuevas aspiraciones ó ideales en vasos de forma vieja, sin que esto implique que deje de florecer en lo porvenir poeta que sorprenda á todos con moldes nuevos. El primer pastor caldeo que

observó las estrellas, fué el primer astrónomo. ¿Será el último Leverrier porque ya no tengamos nuevos planetas en nuestro sistema? Creo que ya tenemos lo bastante para creer en escuelas de literatura, pero creo, también, en tendencias literarias eternamente renovadas. ¿Cómo la llamará la futura generación? ¿Cómo los subsiguientes? La vida humana es breve, pero así es buena. La inmortalidad mataría la poesía. La muerte, en su impenetrable misterio, es la piedra de toque. ¡Modernismo! Ya lo creo que existe; á pesar de ser un viejo, estoy convencido de que el mundo no nació conmigo, ni morirá conmigo. *Rara avis*. El siglo XIX se abrió con la revolución francesa á la vida del espíritu. El siglo XX con la idea de humanidad bien definida por el estado y el trabajo. Los pueblos unidos harán la familia, no la familia los pueblos, como hasta hoy.

El modernismo no es, en una palabra, más que la tendencia, ascendente, humana, sin más arma que el Yo, único origen verdadero de todo progreso.

¿Tienen un porvenir inmediato las letras? Mediato ó inmediato lo tienen sin duda. El progreso es indefinido y lo bello lo más positivo de él. La fauna es varia y así lo es la humana raza. Entre los llamados literatos se ve aún mayor variedad. Siempre junto á un Díaz Mirón, existirá un *Caballero*. Esto es ineludible mientras se crea ó se quiera creer que el arte es un oficio.

Cuando yo era joven, veía palpitar en mis compañeros el nuevo ideal, y nos enfrentamos á la vida como pequeños Davides al gigante. Hoy viejo, veo lo mismo á la juventud.

La considero más apta y mejor armada para la lucha. Las fuerzas son las mismas; sin embargo, el campo no ha variado mucho. Pero pensará mejor, sentirá mejor, triunfará mejor. Para no creer en un porvenir mediato ó inmediato de las letras, se necesitaría que nosotros nos lleváramos el pensamiento ó que hubiéramos encontrado el secreto de suprimir el dolor. ¡Ay! desgraciadamente transmitimos lo que hemos heredado. El dolor y la muerte. Si es verdad que hay un Dios, estamos salvados en nuestros pósteros por la bondad y por la belleza, que hemos perseguido en nuestra breve existencia.

No concibo el fin del arte. Mi juventud ha muerto. ¡Viva la juventud!

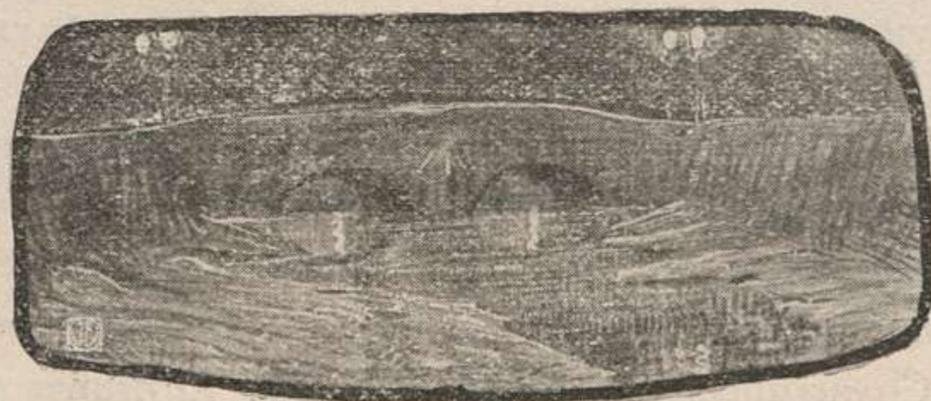
En una palabra, contesto á la primera pregunta de «*El Nuevo Mercurio*,» que, aunque Escuela y tendencia no son lo mismo, creo en el modernismo.

A la segunda: lo que he expresado brevemente en este artículo.

A la tercera: tendría que hacer una lista muy larga de ellos.

La cuarta: queda contestada con las palabras anteriores.

JESÚS E. VALENZUELA.





DE "ODAS BREVES"

A una artista.

En vano busco la gentil guirnalda
 que á mi frente ciñeron los amores:
 ¡El tiempo la agostó! Mas, á tenerla,
 súbito de mis manos la arrancara,
 é hincando la rodilla temblorosa,
 las flores de Corinto deshojara
 en su ancha copa de marfil, ¡oh Diosa!

¡Oh predilecta del divino Orfeo!
 ¡Oh reina de las brisas que susurran
 en los délficos huertos! Para oírte
 interrumpen los dioses sus banquetes,
 calla, suspenso, el apolíneo coro,
 y tu canto nupcial, en lira de oro,
 acompaña el gallardo Meisagetes!

¿Quién á tu voz resiste, si encadenas
 con vínculos de amor el albedrío?
 Ulises, para oír á las sirenas,
 atábase en el mástil del navío.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(Duque Job).



IBSEN Y KIERKEGAARD

El nombre de Ibsen suscita en mí desde luego el nombre, entre nosotros casi desconocido, del espíritu humano que más hondamente influyó en el suyo, el de Soeren Kierkegaard, alma congojosa que acuñó con su sello ardiente á toda la juventud espiritual de la Dinamarca y la Noruega de mediados del siglo último. Fué el crítico de Ibsen, Brandes, quien me llevó á conocer á Kierkegaard, y si empecé á aprender el danés traduciendo antes que otra cosa el «Brand» ibseniano, han sido las obras de Kierkegaard, su padre espiritual, las que sobre todo me han hecho felicitar-me de haberlo aprendido.

Decía Proudhon que todo problema se reduce en el fondo, á un problema teológico, queriendo decir, sin duda, religioso, y lo cierto es que, en el fondo de la dramaturgia de Ibsen, esta es la teología de Kierkegaard, de este corazón tan esforzado como angustioso, que presa durante su vida toda de una desesperación resignada, luchó con el misterio, con el ángel de Dios, como luchara antaño Jacob con él, y bajó al reposo final después de haber estampado con fuego la verdad en la frente seca y fría de la Iglesia oficial de su patria.

La dramaturgia de Ibsen es una dramaturgia más religiosa que ética ó que estéti-

ca en sus últimas raíces, y no es fácil que la sientan en su fuerza toda, los que no han pasado de la concepción estética y á lo sumo de la ética. Y si no lo comprendemos así aquí, es porque llamamos religión á una mezcla de supersticiones mitológicas y de política.

«La cristiandad no hace sino jugar al cristianismo,» exclamó Kierkegaard, y sostuvo contra todo y contra todos su amor salvaje á la verdad, á la verdad sentida, y no sólo concebida lógicamente, á la verdad que es vida, aquel noble solitario entre los hombres. Brand, el Brand ibseniano, es su reflejo en el arte dramático, y cuanto dure Brand durará Kierkegaard.

No comprendo que puedan llegar al condensado meollo de la dramaturgia ibseniana, los que no hayan pasado por las tormentas espirituales porque pasó el solitario teólogo de Copenhague, suscitándolas más luego en el alma también atormentada y congojosa de Ibsen, otra víctima del mal de ojo de la Esfinge.

Inés recuerda á Brand en el drama ibseniano aquellas terribles palabras bíblicas que Kierkegaard solía recordar, aquella sentencia: de quien ve á Dios se muere.

En las doctrinas de Kierkegaard, respecto á la relación entre los dos sexos huma-

nos, al amor y al matrimonio, tal como las expuso, sobre todo en su «O lo uno ó lo otro,» y en sus «Etapas del camino de la vida,» está el germen de la manera cómo vió Ibsen esa relación en la realidad de la vida. Pues no sirve decir que en un drama no hay doctrina filosófica ó religiosa. Podrá no haberla predicada y expuesta didácticamente, pero el autor vió la realidad que traslada á través de los cristales de una filosofía ó de una religión, y si no la vió así, no vió nada que merezca perpetuarse.

Y en estos nuestros países en que esa relación sexual se entiende y siente ó del modo más ramplón ó del modo más grosero, ó ya litúrgica ó ya sensualmente, en estas desdichadas tierras espirituales corroídas por el más infecto esteticismo proteico, la ética ibseniana tiene que ser, por fuerza, un misterio indescifrable. Donde hallan boga las patochadas de un D'Annunzio, y donde el colmo de la emancipación de prejuicios es el llamado amor libre, no es posible que sean bien comprendidos, ni menos sentidos los sacudimientos de Ibsen.

Y en los demás respectos ocurre lo mismo. Porque no es el amor sexual el eje de la dramaturgia ibseniana, y hasta en aquellos de sus dramas donde ese amor juega un papel, no es fin y término único del conflicto. El hacer de ese amor la ocupación más honda de la vida, es cosa que ha nacido, más bien de la sensualidad, de la limitación mental y espiritual de los pobres pueblos azotados por el sol. Para ellos la tentación bíblica, la del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, con cuya comida se habían de hacer como dioses nuestros primeros padres, se ha convertido en tentación carnal.

Yo no sé bien en qué consiste, pero la experiencia me ha enseñado que, por acá al menos, la concupiscencia de la carne ahoga á la soberbia del espíritu.

Y los héroes ibsenianos son soberbios, prometeicos, y son castos como todo héroe.

Por aquí se siente una secreta repugnancia hacia «el pato salvaje,» y lo que llamamos belleza no pasa de ser una alcahueta de la cobardía y la mentira. Lo que entre

nosotros se llama arte, no suele pasar de ser sino la verde capa florida que encubre y protege el charco de aguas estancadas y mefíticas portadoras de la fiebre consuntiva. Los «soportes de la sociedad» lo necesitan contra el «enemigo del pueblo.» «Ne quid nimis» repiten los miserables frente al «O todo ó nada» de Brand.

«Quéjense otros —decía Kierkegaard— de que los tiempos son malos; yo me quejo de que son mezquinos, por faltarles pasión. Los pensamientos de los hombres son quebradizos como alfileres, y ellos, los hombres mismos, tan insignificantes como costureras. Los pensamientos de sus corazones son demasiado miserables para ser pecaminosos. Un gusano podría tal vez tener por pecados semejantes pensamientos, pero no un hombre creado á imagen de Dios. Sus placeres son discretos y pesados, sus pasiones soñolientas; cumplen sus deberes estas almas de especieros, pero se permiten, como los judíos, recortar el dinero; se creen que aunque nuestro Señor lleve sus libros en toda regla, se le puede meter moneda falta de peso. ¡Fuera con ellos! Y he aquí por qué se vuelve siempre mi alma al Antiguo Testamento y á Shakespeare. Allí se siente que son hombres los que hablan; allí se odia; allí se ama; allí se mata al enemigo, se maldice á su descendencia por generaciones; allí se peca.»

Leído esto, ¿no os explicáis la moral heroica de la dramaturgia ibseniana?

Y no hablo de anarquismo, porque éste ha llegado á ser entre nosotros, en fuerza de tonterías y de brutalidades, una palabra sin sentido claro.

Y ahora decidme, ¿creéis que son capaces de pecar todos esos mozos aprovechados que van para ministros ó para académicos? Sus aspiraciones son demasiado miserables para ser pecaminosas.

Y tampoco, mis jóvenes, vayáis á creer que el pecado se concentre sobre todo en el orden de la sexualidad, ¡no! No puede decirse que fuera un pecador bíblico, shakespeariano ó ibseniano, aquel estúpido fanfarrón de Don Juan Tenorio, tonto á carta

cabal, y si no se lo hubiese llevado á tiempo la sombra del Comendador, le habríais visto, anciano respetable; defendiendo el orden, las venerandas tradiciones de nuestros mayores, la libertad bien entendida y el «pan y catecismo,» y asistiendo piadoso á las solemnidades de su cofradía. Su inteligencia de carnero no daba para más.

*
* *

¿No es para honrar la memoria de Ibsen, para lo que aquí se nos convoca? ¿Sí? Pues tratemos de despertar entre nosotros, ya que estamos reunidos á su nombre, algo del espíritu de su espíritu, sin limitarnos á hablar del literato como tal mero literato, con esa pestífera indiferencia literatesca hacia el meollo y juego ético y religioso de sus concepciones. Esto no es digno de él ni de nosotros. Eso debe quedar para los que sólo trataron de hacer arte, para los repugnantes esteticistas.

No he de hablar de su estilo, pues, ni de su técnica. No sé qué tal es su técnica teatral ni me importa saberlo. La técnica teatral y todo ese galimatías de si un asunto es ó no dramatizable, se reduce á la mezquindad de buscar el cobro de trimestres. Si un drama de Ibsen gustase al público de nuestros teatros, empezaría á dudar de su excelencia.

No he visto, gracias á Dios, representado ningún drama de Ibsen; no lo he visto enfangado en el espectáculo, en compañía de un montón de hombres y mujeres que no han de morir por haberle visto á Dios la cara. No he padecido el tener que oír, saliendo de su representación, las eternas é insoportables tonterías de si este ó el otro caracter está ó no bien sostenido, ó si es ó no verosímil esta ó aquella escena.

La verosimilitud se reduce para esos señores y señoras á la vulgaridad. Ante el caso de conciencia del héroe, se preguntan: «¿qué haría yo en semejante caso?» y al responderse: «todo, menos lo que él hace,» concluyen que es inverosímil. No gustan de

ver excepciones, porque la excepción les afrenta. No, no he oído al señor que acaba de estrenarse en el Parlamento —otro teatro— diciendo sí ó no como Cristo le enseñó, decir, después de haber oído las palabras de fuego de Brand, que este pastor de almas noruego, no es real porque él, el buen monosilabista, no se encontró jamás al recorrer el distrito con un Brand, y si pasó junto á él no le conoció, porque Brand no da votos. «La victoria de las victorias, es perderlo todo,» grita Brand, y esto no lo entienden. . . . esos.

Hay quienes van al teatro, los más, á ver y oír lo que ven y oyen todos los días, sólo que literatizado y estetizado un poco, á mirarse en el espejo de la realidad cotidiana, y por eso no voy yo allí. Los sujetos allí representados son los mismos que me están amargando y atosigando de continuo la vida. No encuentro en ésta ni héroes ni almas tormentosas, ibsenianas, y en nuestro teatro tampoco las encuentro. Las arrojaría de allí nuestra honrada burguesía á nombre del buen gusto, de ese apestoso y repugnante buen gusto. No quieren los buenos saduceos que se les agrie la digestión nocturna.

Sea, pues, mi conmemoración hoy y aquí de Ibsen una protesta en su espíritu, una protesta contra la miserable farándula del buen gusto y del «ne quid nimis,» una protesta contra la mezquindad de estos tiempos en España, de estos miserables tiempos españoles, en que el venerando nombre de Ibsen, y con él el no menos venerando de Nietzsche, sirven para proteger la desaprensión que se emplea en cazar destinos ó posiciones sociales.

No celebramos á un literato, no.

Ibsen, el solitario, el fuerte —nadie es más fuerte que quien está solo, dijo Schiller y él lo repitió,— Ibsen, el gran desdeñoso —desdeñoso como Carducci, otro espíritu radiante que acaba de sumergirse en las sombras de la muerte,— Ibsen no fué lo que aquí llamamos un literato, no, no lo fué.

Ibsen forjó su espíritu en el duro yunque de la adversidad, lejos de las embrutecedoras tertulias de los cotarros literarios, des-

terrado y solo; solo y lleno de fe en sí mismo y en el porvenir; solo y fuera de esa llamada república de las letras que no pasa de ser una feria de gitanos y chalanés.

Ibsen no derogó, no entró en el vil camalacheo de los bombos ni en el degradante hoy por mí y mañana por ti, sino que esperó tranquilo, no su hora, sino la hora de su obra, la hora de Dios, sin impaciencias y sin desfallecimientos.

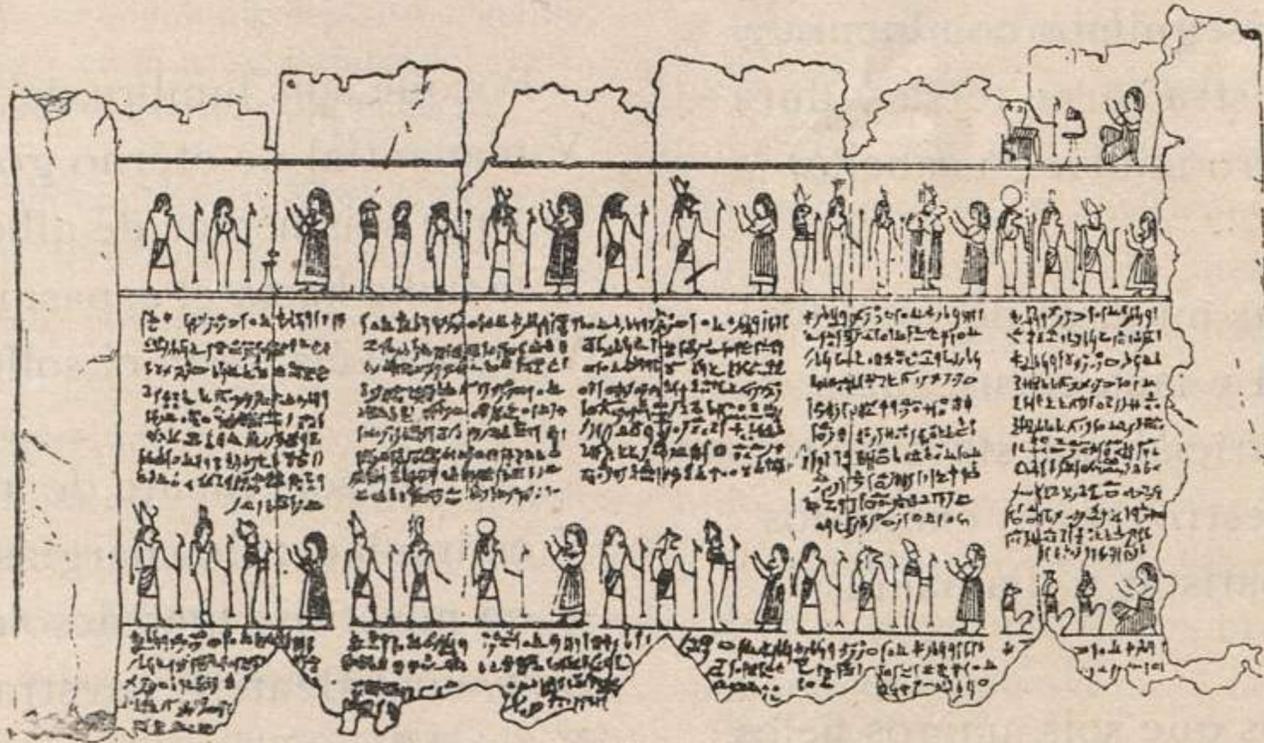
Esperó á que se hiciera su pueblo de lectores recogidos en vez de hacerse al disipado público desde luego. Y así fué su vejez, como ha sido la de Carducci, una solemne puesta de sol en claro cielo, sobre los *fior-*

dos de su patria coronados por nubes en ascuas de oro.

Su vida fué un poema dramático de brava independencia, así como la de Kierkegaard, su maestro, había sido un poema trágico de heroica soledad.

La soledad es la solución favorita en los dramas ibsenianos, la soledad es el refugio de aquellas almas robustas y soberbias que pasan cantando el mar muerto de las muchedumbres que bajo el yugo de la rutina se ocupan en crecer y multiplicarse satisfaciendo á la carne esclavizadora y estúpida.

MIGUEL DE UNAMUNO.





MUJERES Y LIBROS

A Francisco M. de Olaguíbel.

Bellas mujeres de blancura
Deslumbradora y fino cuello,
Que perseguimos con locura
Por vuestra carne tersa y dura
Y vuestro undívago cabello;

Lindas mujeres de vestidos
De seda y lana coruscantes,
Que acariciáis nuestros sentidos
Con vuestros senos exhibidos
Entre batistas y diamantes;

Libros que sois amigos fieles,
Y que en tallados anaqueles
Nos conserváis vuestro tesoro
De raros broches, blandas pieles,
Suave papiro y cantos de oro;

Libros ornados de iniciales
Rojas y artísticas viñetas,
Que en vuestras páginas liliales

Los pensamientos inmortales
Guardáis de sabios y poetas;

Porque sois lumbre de entusiasmo
Y manantial de eterno gozo;
Porque sois néctar de alborozo
Y sacudís hasta el espasmo,
Y conmovéis hasta el sollozo;

Porque sois fuente de alegrías
Y estimulante de energías,
Y en nuestras rutas desoladas
Sois, cual Beatriz, nuestras amadas,
Y, cual Virgilio, nuestros guías;

Porque sois foco de ambiciones
Y dulce fruto de placeres
Y fuerte vino de emociones,
Porque sois prisma de ilusiones,
Os amo, libros y mujeres.

EFRÉN REBOLLEDO.

San Francisco California, marzo de 1907.

(nédito).



PALABRAS

pronunciadas

en la manifestación de la juventud literaria del miércoles 17 de Abril de 1907,
en la ceremonia de la Alameda.

«No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso,
algo, en la urna diáfana del verso,
piadosa guardará la poesía!»

Señores: así cantó Gutiérrez Nájera proclamando su derecho á la inmortalidad. Su espíritu quedó consubstanciado en el verso, y como el verso es perfume, y color, y dulzura, y suavidad, y armonía, ese espíritu vive y palpita aún para embriagar todos nuestros sentidos, para hacernos amar á aquel poeta excelso, transmitiendo nuestra admiración á las generaciones futuras.

De la sinceridad y la grandeza de ese culto por Manuel Gutiérrez Nájera, viene á responder esta manifestación solemne. Nada más hermoso que esta iniciativa de la juventud; nada más hermoso que este acto, acaso el primero de su índole, entre los que en México se han organizado en honor de un literato; nada más conmovedor que este tributo de gloria á un poeta, al cual viene á ofrendar la generación nueva los homenajes de su amor.

Mi presencia en esta tribuna quiere de-

ciros que el nombre de Gutiérrez Nájera, es igualmente venerado en México como fuera de México. La identificación de sentimientos que con todos vosotros tiene quien, como yo, es americano de toda su América, y por lo tanto, mexicano de corazón, pero que resulta extranjero por cuestiones de geografía política, viene á significaros, que en toda América se admira y se conoce á Gutiérrez Nájera como á un maestro del verso, como un revolucionario, como uno de los primeros reformadores de la poesía en el continente.

Porque vengo á dar fe de ello con mi presencia y con mi palabra, es por lo que he aceptado el honor de ocupar esta tribuna. Gutiérrez Nájera surgió en un solemne momento histórico de la literatura mexicana: era el momento en que se imponía una reforma que cambiara los oropeles sensibleros del romanticismo ya caduco y decadente; una revolución que devolviera al verso su antigua elegancia y abriera nuevos campos para la explotación de los metros y los ritmos; un estremeci-

miento que hiciera brotar de las raíces recónditas del idioma, nuevas palabras y vocablos aletargados, que renaciendo á la luz dieran cabal y gallarda expresión al pensamiento. Para iniciar esa obra se esperaba al elegido, porque los elegidos surgen siempre en el momento en que pueden realizar una labor fecunda, en el momento en que, según la frase de Renán, «una inmensa espera invade las almas.» Manuel Gutiérrez Nájera fué el elegido. Apareció como un redentor amable, y con la sonrisa en los labios derribó los viejos ídolos, desterró el sectarismo en arte, mirificó la prosa y el verso con el prodigio de sus adjetivos y con la revelación de una nueva elegancia de la forma, y galvanizó el cadáver del viejo y puro clasicismo con el beso apasionado de sus Odas Breves.

Su labor artística fué de purificación y de innovación. Pero en el palenque de su credo artístico, en la famosa «Revista Azul» —que ya nadie, ni el más ilustre de los modernos herederos del poeta podría resucitar, porque los manifiestos literarios, lo mismo que los políticos, tienen su momento histórico,— abrió ampliamente las puertas á todos los que supieran entender y amar el arte, sin sectarismos, ni preferencias, ni privilegios de ningún género. El sabía que no se reforma una literatura con el látigo ni con la prédica escolástica, sino con el ejemplo y la tolerancia. Y pudo realizar una completa revolución en las letras mexicanas, porque declaró que su «programa se reducía á no tener programa,» y que únicamente cerraría el paso á aquellos «que al pisar alfombras las enlodan.»

Pero la labor reformadora de Gutiérrez Nájera no se limitó á su patria, sino que tuvo importancia continental, puesto que la América Española es una sola nación ingente, por la lengua, por la raza y por la historia. La crítica ha reconocido unáni-

memente que Gutiérrez Nájera fué, en compañía de Rubén Darío, Julián del Casal y José Martí, uno de los cuatro fundadores del modernismo. Y aquí cabe, señores, declarar, que lo que se llamó modernismo por una necesidad de designación, está lejos de indicar sectarismo ni limitación al pensamiento. Bastará con analizar la personalidad literaria, tan diversa, de los cuatro fundadores del modernismo en América, para comprender que el programa de esa escuela era tan amplio, que tuvo que resolverse, como declara Leopoldo Lugones, en «La conquista de la independencia intelectual.» En efecto, hemos llegado á suprimir absurdas limitaciones de escuela, y lo que hoy se pide al artista es que produzca belleza, sin preocuparnos de los procedimientos que siga para producirla. Hemos llegado á la época del arte libre.

He señalado ya, al hablar de Gutiérrez Nájera, que la labor de éste fué de purificación y de innovación. Tal fué también la de Casal, Darío y Martí, aunque cada cual la cumplió en su campo de acción y según su manera de entender el arte. Empero, para precisar el espíritu ecléctico y noble que presidía á los iniciadores de esa revolución, debo insistir en la faz de purificación de esa labor, haciendo la afirmación de que una de las glorias del modernismo, es haber resucitado muchos de los gallardos arreos de la forma clásica. La mayoría de las combinaciones métricas de Rubén Darío —que levantan estulto clamoreo entre los ignaros pontífices del estancamiento,— son hábiles resurrecciones de las que usaron los poetas españoles de los siglos de oro, combinaciones que han sido olvidadas, porque una de las tendencias lamentables del romanticismo fué la de sujetarse á ciertos metros anquilósicos y á una completa monotonía en los acentos prosódicos. Gutiérrez Nájera también despertó al clasicismo en sus Odas Breves,

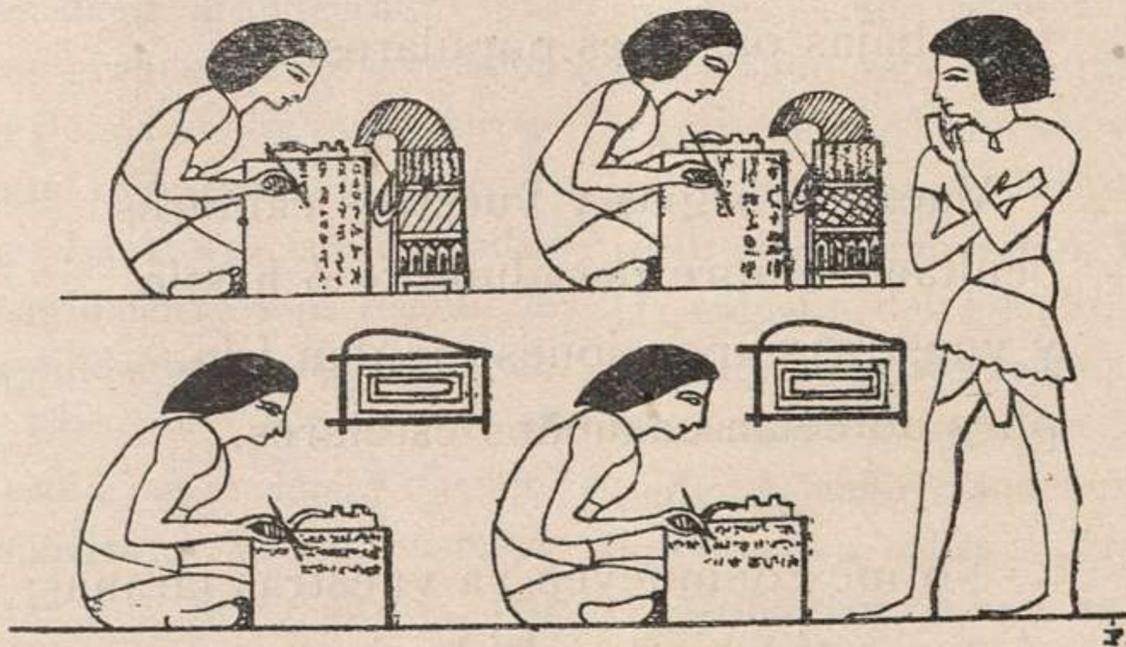
donde se revela un bardo helénico, ebrio de belleza y de vino, de amor y de poesía. Es en esas odas donde para mí esplende en todo el prestigio de su intelecto privilegiado, en la plenitud de su asombroso numen poético, en la completa apoteosis de su temperamento y de su inspiración.

Gutiérrez Nájera, en la literatura del continente virgen, es un sol. Más que alumbrar, deslumbra. En toda América se le venera y se le admira, y por ello he venido aquí á cantar su gloria, porque mi voz quiere ser el eco de mi patria, de mi Quisqueya, donde tan reverentemente se pronuncia el nombre del poeta; mi voz quiere ser en este momento el eco de las tierras

fraternas de donde vengo, porque allí la poesía de Gutiérrez Nájera es un culto; quisiera ser, en fin, el eco formidable de nuestra América infeliz y gloriosa, que sabe unificarse en un mismo sentimiento para enaltecer á sus poetas, y evitar que se profanen sus nombres; de esa América, á la cual desearía ver siempre como una sola patria por el corazón y por el pensamiento, desde el Anáhuac hasta el Plata, para que después de sus tremendas caídas y de sus constantes sinsabores, se levante á ser la soberana del mundo en el ignoto porvenir!

He terminado.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.





HORAS DE AUSENCIA

Bien os conozco, espíritus vulgares,
que encubrés el tormento del vacío
bajo un disfraz de necio poderío
y de bajas pasiones populares.

Vuestras orgías y vuestros cantares
ocultan siempre pesadumbre ó hastío
y vuestras expansiones me dan frío,
pues no celan ensueños estelares.

No me conmueven ya vuestras jaranas;
sé que están bien podridas las manzanas
de vuestro árido y lúgubre jardín

Dejadme con mi arte y con mi ciencia,
mi poesía y mis horas de ausencia
¡y con mi soñador y noble esplín!

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.



VIAJES EXTRAORDINARIOS

DE SIR JOB, DUQUE

(CONTINÚA)

VERACRUZ DE DIA Y DE NOCHE.

Veracruz no tiene el tristísimo aspecto que suelen darle. Sus calles son aseadas, rectas y anchas; en casi todas hay edificios amplios y de fachadas elegantes, contruidos conforme á las exigencias del clima y á las tradiciones de la arquitectura española, esto es, con grandes patios y volados corredores, por donde el aire puede circular holgadamente, refrescando la atmósfera de las piezas. Las torres, con viviendas en que habitan aglomerados los vecinos de las principales ciudades europeas, serían imposibles en Veracruz. Allí es preciso que cada uno esté á sus anchas, y que tenga el espacio suficiente para que su respiración no vicie el aire de la alcoba. Los techos altos son indispensables. En pleno Diciembre se siente en Veracruz el mismo calor que nosotros sentimos durante los meses de Abril y Mayo; sólo que aquí no se transpira ni hay brisa que atempere la atmósfera. Cuando nosotros llegamos al puerto, acababan de soplar muy fuertes nortes, y la temperatura estaba fresca. No obstante esto, tuvimos uno ó dos días de fuerte calor.

Enfrascados como estábamos, pasando de los banquetes á los bailes y de los botes al «Tamaulipas» ó al «City of Puebla,» era difícil, si no imposible, que visitáramos minuciosamente la ciudad. No vi, por ejemplo, el Hospicio, que según me cuentan, es uno de los edificios más notables; pasé, sin detenerme, frente á la Biblioteca, en cuyo fondo está el retrato de Hernández y Hernández. Volví sin visitar las oficinas y los almacenes de la Aduana, ni el Hospital, ni el Camposanto, ni los colegios y las escuelas del Estado, tan importantes para el viajero observador. Por consiguiente, cuanto diga aquí de Veracruz será superficial, vago é indeterminado. Contaré lo que vi en calles y plazas, limitándome á escribir con lápiz y en las hojas de mi cartera algunas observaciones hechas al paso, sin detención, ni minuciosidad, ni trascendencia.

* * *

Lo primero que sorprende en las calles de Veracruz son los zopilotes. Pasean tranquila y gravemente, como los diputados en nuestras calles de Plateros. Algunas personas de buena educación les ceden la

acera. Nadie los molesta. Son tan sagrados y venerables como los gatos en Egipto. Para los asesinos de estos inviolables, no hay procesos, ni moratorias, ni jurados. Si alguien, por entretenimiento ó por enojo, me clava su puñal en el pecho, la policía tarda algún tiempo en aprehenderlo; los jueces se demoran muchos años en instruir su causa, y los jurados, en atención á esto ó á lo otro, pronuncian un veredicto absolutorio. No pasa así con los matadores de zopilotes. Para éstos hay una ley tan expedita como la de salteadores y plagiarios. Sin formación de causa, se les impone una multa de cincuenta pesos; ¡pena grave que, en ciertas y determinadas condiciones, puede ser más cruel que una sentencia de muerte! El zopilote, pues, goza de más prerrogativas que nosotros. Basta observar su continente gravadoso, la seriedad con que censura la conducta del Gobierno desde aleros y azoteas, el corte irreprochable de su traje negro, que le permite siempre ir de visita, para caer en cuenta de que no se ocultan los privilegios de su estado y de que anda orgulloso de sí mismo. Comúnmente desdeña caminar por las aceras y se va por en medio del arroyo, tal como Lerdo atravesaba en su victoria por entre los carruajes del Paseo. Lo que nunca abandona es la formalidad. Yo no vi reír á ninguno, aun cuando se leyeran en voz alta las «Cartas de Junius.» El zopilote es serio: parece que está discurrendo siempre sobre el níquel. Como los sabios, calla mucho, jamás externa su opinión y anda despacio. Muchas veces temí que alguno de ellos se acercara á pedirme la lumbre, pero el zopilote no fuma; es muy probable que tome rapé francés, pero tampoco me atrevo á asegurarlo. Su aspecto adusto y su vestido negro, inspiran profundísimo respeto. Parecen padrinos de duelo ó agentes de la Empresa Gayosso.

Por las eternas injusticias del destino, el zopilote no desempeña en Veracruz las altas funciones á que está llamado. No apadrina los duelos, ni imparte justicia, ni expide leyes, ni perora sobre la filosofía de lo inconsciente. El zopilote, respetado y todo, hace la policía de la ciudad. Cuando las calles están sucias, el «Ferrocarril» ó el «Diario Comercial» no interpelan al Ayuntamiento, sino á los zopilotes. Estos, como si fueran regidores, no contestan. Menosprecian las furias de la prensa, y armados de su inviolabilidad, pasan con talante desdñoso junto á los infelices gacettilleros. Estos animales —continúo hablando de los zopilotes— descorazonan y entristecen al viajero. Causan repugnancia y miedo, como los perros de Constantinopla. En las primeras noches se sueña con los graves pajarracos y con el Dr. Garmendia. Este es, en opinión de muchos médicos, el enemigo más formal que tiene el vómito. Pero tal consideración no satisface, y el simple encuentro con un hombre á quien jamás quisiéramos tener á nuestra cabecera, compunge el ánimo y acorta los bríos de la fogosa juventud. Los medrosos sueñan que el Dr. Garmendia (no obstante su saber), les deja en brazos de la muerte, y que una turba de espantosos zopilotes devora en breve rato sus cadáveres.

* * *

Contrastando con las obscuras gallinazas, ora asomados á zaguanes y balcones, ora en tiendas y almacenes, se ven hombres en pechos de camisa. La camisa es el lujo del veracruzano. Aquí la llevamos escondida. El saco inglés apenas deja ver el cuello —que comúnmente es postizo— y los puños, también de quita y pon. En Veracruz sucede lo contrario. Casi puede decirse que andar en mangas de camisa

constituye el traje de etiqueta. Es un país de gorja para las lavanderas: bien es verdad que, como decía un amigo tonto, allí el lavado debe ser barato, porque nadie puede negar que abunda el agua.

Los almacenes presentan un aspecto muy curioso. En cada escritorio ve usted una camisa blanca con dos mangas y un cuello, á cuya extremidad superior está pegada la cabeza de un alemán. Una de las mangas se mueve continuamente y su aditamento carnosos, armado de la pluma infatigable, traza en la blanca superficie del papel ó en las páginas de enormes libros, número incalculable de pequeñas cifras que representan lo que comemos, lo que vestimos, lo que bebemos y lo que gastamos. En esos libros están marcadas las pulsaciones de la República. En esas cifras está el microbio del *delirium tremens*, del adulterio, del peculado y de la estafa. Leed los rubros de esas hojas: «vinos, joyas, sedas;» es decir, inteligencias que se pierden, mujeres que se venden, hombres que se levantan la tapa de los sesos ante un océano de facturas.

En Veracruz todos hacen cuentas; allí el consonante de ocho es diez y seis. Dicen, sin embargo, que está hoy el comercio decaído por la falta de compradores arribeños. La animación es menos grande, pero imposible que pierda nunca la ciudad su carácter esencialmente mercantil. Id á la plaza del muelle, en donde sirven de postes los cañones tomados al almirante Baudin y al príncipe de Joinville; la hallaréis atestada de enormes fardos, y si no andáis con vigilancia y tiento, un mozo de cordel os descalabra, una carreta os atropella ó quedáis aplastados bajo un bulto gigantesco. Por las calles circula poca gente. Todos están en los almacenes ó en las casas. Estas, por las condiciones del clima, se prestan poco al lujo. Los ajuares de bejuco y las coquetas mecedoras no

faltan nunca en las casas elegantes, y la tertulia —particularmente entre hombres solos— suele hacerse en el zaguán.

Las familias veracruzanas almuerzan á las diez, comen á las cuatro y no acostumbran cenar. En las fondas se come bien y muy barato. Por ejemplo, en el Hotel de Diligencias, que es de los principales, y al que asistí muy repetidas veces, nos cobran diez reales por un buen almuerzo con vino rojo á discreción. Lo mismo se paga en el hotel Galatoir. En otras partes, como en el Casino y en la Lonja, sirven «á la carta,» como se dice en la moderna galiparla. En la primera de estas fondas, el pan se paga aparte y es muy malo.

De buena gana haría un examen minucioso de la cocina veracruzana; un hombre culto está obligado á ser gastrónomo. Desventuradamente el exceso de arribeños desorientó á los fondistas. Agotábanse los mariscos muy temprano, tomábamos las mesas por asalto, corrían despavoridos los sirvientes, y en estas condiciones anormales, no era posible formar un juicio exacto ni del servicio ni del cocinero. Lo que sí digo en tesis general, es: que en Veracruz se come bien. La leche es magnífica. No así el agua, que tiene un sabor dulzón muy pronunciado.

En los portales del hotel de Diligencias y del Casino Español, hay muchas mesas de madera y fierro, en que se sirven desayunos y refrescos. Allí se saborea el café por las mañanas y el «mintjulep» por la tarde. Mientras el pasajero desayuna, algún granuja de esos que andan, como en Nueva York, provistos de una caja de betún y de un cepillo, da lustre á su calzado. Estos granujas son, por lo común, muy insolentes y desvergonzados. El pueblo de Veracruz, como el de casi todos los puertos, no es respetuoso ni escatima los juramentos y los ternos. En cambio, es mucho más culto y despejado que el de México.

Las galerías del teatro se llenan de boteros y cargadores que presencian con interés el espectáculo. Este teatro es bastante amplio y bonito, pero mal ventilado. Cuando yo asistí se representaba el «Duque Job,» de León Laya, arreglado á la escena española por Tamayo y Baus, con el título de «Lo Positivo.» Veracruz me recibía poniéndome en escena. Por desgracia, cuando llegué al teatro había pasado ya la representación de una loa en verso, escrita en pocas horas y con motivo de las fiestas, por el extremado poeta D. Rafael de Zayas Enriquez. Dicho está que no la vi; pero estoy cierto de que ha de ser tan correcta y elegante, como todo cuanto cincela con su pluma el muy amable vate tropical. La compañía dramática es malísima, y ya sea por esta consideración, ó ya por la temperatura sofocante que agobia á los espectadores, acude al teatro muy escasa concurrencia. En donde se paseaban muchas damas, era en el jardín de la plaza, que allá, más disparatadamente que aquí, se llama Zócalo. En este paseo, lo más digno de mencionar es el embanquetado de mármol, cuya amplitud y limpieza son notables. Tiene también cuatro hermosísimas palmeras, que cautivan á todos los mexicanos.

Muchos hombres pasan la velada en el café ó en los salones de la Lonja, que son buenos. El salón del Casino Español es elegantísimo, y está admirablemente decorado. Mucho me habían dicho de la prostitución que reina en Veracruz; pero en esto, como en otras muchas cosas, se exagera. Los que más escandalizan en Veracruz son los mexicanos. A fuer de pasajeros y desconocidos, permítense éstos toda clase de libertinajes. Sucede allí lo mismo que en París, donde los extranjeros son los que dan principalmente la función. (¡Vaya otro galicismo y de buen calibre!) Sería tal vez porque los veracruzanos no

quisieron competir en desvergüenza con nosotros; pero el hecho es, que durante mi permanencia en el puerto, no observé más desórdenes y orgías, que los desórdenes y orgías de mis paisanos; ni vi más princesas rusas, que las ya conocidas en la capital, y en la calle de Lamparillos, de la Habana.

Cierta noche tomé una carretela para pasear por lo que llaman «Extramuros.» No supe lo que cuesta aquel vehículo, porque lo pagó mi buen amigo el joven y distinguido poeta Luchichí. Largo rato estuvimos conversando de versos y proyectos literarios, hasta llegar á una especie de infecto portalón, frontero á la laguna de los Cocos. A los acordes de una mala murga, danzaban en promiscua algarabía, negros, mulatas, marineros, cargadores, princesas de petate, y tres ó cuatro gomositos mexicanos. Un tranvía llega hasta aquellos sitios, y hace viajes hasta las altas horas de la noche. El cuadro no puede ser más repugnante. Huele mal, se toma en la cantina una cerveza detestable, y los danzones atarantan y marean. Lo que me extraña es que no haya nunca en esos bailes, en los del «Recreo,» y en otros menos groseros, algún muerto ó herido. La policía no interviene; todos beben; suele haber pleitos en que se oyen lindezas y piropos como no se oyen en ninguna parte; veces hay en que se arrojan los cacharros á la cara; mas, desahogada así la ira de un modo verdaderamente inofensivo, todos quedan tan amigos como antes, y se van de bracero á la cantina. Por menos palabrotas se acuchillan y se desuellan nuestros *léperos*.

Satisfecha mi curiosidad, y vistas de cerca las costumbres populares, salimos del infecto portalón, en el que apenas permanecemos un momento. Las noches en Veracruz son deliciosas. Refresca la atmósfera y puede pasearse sin temor de una

apoplejía fulminante. Por supuesto, no hay carruajes cerrados ni es posible que los haya. La carretela es el solo vehículo aceptable. Luchichí, que es un joven muy simpático, me iba recitando versos de Salvador Díaz Mirón: tal se rocía un pañuelo con esencia para pasar los muladares y pantanos. Salvador es el poeta por excelencia de Veracruz; más aun, es uno de los poetas más inspirados de la República. Con ansia espero algunos de sus versos, para hablar de él con la extensión y detenimiento que merece.

*
* *

De regreso, pasamos frente á algunas iglesias. ¿Hay iglesias en Veracruz? Yo había visto la catedral por fuera; pero imaginaba que era á modo de la soberbia biblioteca que tiene cierto pedante amigo mío; una serie de cartones figurando lomos de volúmenes empastados: nada más. No he visto sotanas negras en las calles, ni oído llamar á misa. Los templos están en Veracruz para cubrir el expediente. La catedral legítima es la Aduana.

Sigue, cochero; pasa la Alameda; ya es tiempo de tenderse y descansar. Llego á

casa, abro el balcón, y me preparo á dormir con el tranquilo sueño de los justos. A cada quince minutos dan la hora los serenones, no con gritos ni con pitazos, sino á palos. Doce garrotazos indican las doce de la noche. Esta manera de dar la hora, tiene mucho parecido con las palizas.

Fatigado, me recuesto en el catre, sin colchón. Una sábana basta para cubrirse, y aun presumo que sobra. Lo interesante es el mosquitero. Una vez adentro de esa torre cuadrada de cortinas blancas, cree uno estar en el sepulcro de Doña Inés, ó en medio de una pieza montada de azúcar candi. Ustedes sabrán que yo duermo con puro; por lo tanto, pensé que no saldría de Veracruz sin causar un incendio. Lo único que me consolaba era la proximidad del mar. ¡El mar! ¡El mar! ¡Ya hablaremos de él mañana! Ahora los ojos se me cierran; baja el sueño, y comienzan á cruzar por mi fantasía los zopilotes y los hombres en camisa, que forman el claroscuro de Veracruz.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(Duque Job).

(Continuará).





LA HERMOSA LIBRERA

¡Libro de poesía! ¡Poesía
de la mano que el bello libro entrega!
¡Mano gentil que, suavemente, llega
púdica, leve y alba, hasta la mía!

¡Ojos color de mar, la fantasía
por vuestra zarca placidez navega!
¡Tez en que rosa con el blanco juega
en una whistleriana sinfonía!

Sobre los libros de tu tienda obscura
se destaca, graciosa, tu figura;
ríen tus actitudes elegantes.

¡Oh, cuando la pasión en sus divinas
horas, te iguale con las heroínas
de esas novelas que hay en los estantes!

ENRIQUE DIEZ-CANEDO.

A la Revista Moderna de México
como si fuese uno de la casa
Miguel de Unamuno



Don Miguel de Unamuno.



LAS TRAGEDIAS GROTESCAS

NUEVA NOVELA DE BAROJA.

Pío Baroja acaba de aumentar su ya vastísima labor de novelista con un nuevo libro, titulado «Las tragedias grotescas.» Entresacamos de él, arbitrariamente, desglosándolos de la acción, unos cuantos paisajes de París, para ofrecerlos como primicias de este acontecimiento literario, á nuestros lectores.

El otoño fué dulce, templado, de una temperatura suave. Era una verdadera delicia sentarse en los bancos del Luxemburgo durante aquellos días tibios. El sol pálido iluminaba los macizos de los geranios, dalias, crisantemos y Margaritas.

Algunos días, lluvias ligeras refrescaban el follaje y avivaban el color de las flores. Los árboles amarilleaban lentamente; el aire fresco murmuraba entre las ramas y robaba al pasar alguna hoja grande y cobriza, hoja alegre y juguetona al correr por la avenida enarenada; triste y mustia luego, aplastada sobre el tronco de un árbol ó caída en el agua inmóvil de un estanque.

* * *

La vuelta de Saint-Cloud era una de las partes más bonitas de la expedición. Volvían de prisa al muelle á embarcarse.

Cuando tomaban de nuevo el vapor, ya al caer de la tarde, el cielo parecía un lago de ópalo, el río se ensanchaba mostrando su transparencia misteriosa, y surgía del Sena una isla verde, llena de árboles, con todo el encanto de las cosas inciertas vistas en sueños.

Al avanzar la tarde, sobre los tejados azules de Sévres, el cielo tomaba tintes rosados, que palidecían y se iban apagando, y en el río palpitaba un tembloroso reflejo sangriento.

El vaporcito iba deteniéndose en los pontones de ambas orillas, pasaba por delante de un grupo de casas, en cuyas vidrieras comenzaban á brillar las luces, y ya próxima la noche entraba en París.

A medida que se avanzaba en el interior de la ciudad, todo iba entenebreciéndose; la niebla gris se tendía sobre el Sena, primero tenue, luego más espesa; las orillas se borraban, y el agua se obscurecía hasta ennegrecer por completo.

Las luces brillaban y parpadeaban en las orillas y en los puentes, blancas y rojas, entrecruzándose, confundiéndose, temblando en las olas y remolinos del río.

Siempre que Yarza estaba libre, D. Fausto le cogía por su cuenta y le pedía que le acompañase á ver sitios raros y extraviados. Le encantaba á D. Fausto perderse en lejanos suburbios, contemplar las casas viejas antes que fuesen derribadas para abrir nuevas calles.

No podía impedir la destrucción de estas casuchas pintorescas, entre las cuales había algunas que manifestaban su vetustez por el alabeo especial de las fachadas, pero quería contemplarlas, conservar de ellas un piadoso recuerdo.

Había entre las miserables casuchas del barrio de Saint-Jacques y de Montrouge, que iban derribando, hoteles antiguos, de aire señorial, con tejados en piñón, balcones del siglo XVIII y grandes y soberbios jardines llenos de silencio y de reposo.

Al comenzar la demolición de estos viejos hoteles, los jardines quedaban maltratados, profanados. Daba lástima verlos. Los grandes árboles centenarios estaban caídos, un trozo de escalera de hierro ó la balaustrada de un balcón desgajaba cruelmente la rama de un tilo ó el tallo de una adelfa. Las estatuas, manchadas de liquen, desaparecían entre las hierbas, y en el antiguo hotel á medio derribar, levantado en el fondo, se veían las guardillas, deshechas, descarnadas, con su esqueleto de madera destacándose en el cielo gris.

Era una pena para D. Fausto ver un destripamiento tan cruel de la ciudad.

Comprendía el atractivo de una callejuela estrecha y negra, y hubiera deseado, en su fervor por lo pintoresco, que todas las calles de París fuesen igualmente estrechas, negras y románticas.

Hasta entonces no se había fijado en la belleza de los días de niebla. Yarza le dijo un día:

—Mire usted qué bonito hace este rincón sobre la niebla.

Y era verdad; los mismos bulevares nuevos, monótonos, rectos, tenían los días brumosos un color gris perla de una suavidad infinita; las personas, los coches, los ómnibus, se esfumaban en el ambiente; todo presentaba el aspecto de esas imágenes apenas coloreadas que se pintan en el cristal desflustrado de una cámara obscura. La niebla afinaba y borraba los contornos de los objetos, las casas lejanas se entreveían vagas, perdidas en la atmósfera opaca.

D. Fausto suponía al adquirir este concepto de la belleza de la niebla, que tal adquisición constituía una superioridad sobre mucha gente, capaz de suponer de manera prosaica y vulgar, que un tiempo húmedo y nublado es sólo bueno para coger catarros.

Un día gris de otoño, Yarza llevó á D. Fausto á ver el barrio de Croulebarbe; un barrio de curtidores y de tintoreros, cruzado por el Bièvre, arroyuelo afluente del Sena, limpio y cristalino antes de entrar en París, después sucio, infecto y apestoso.

Corría este arroyo canalizado entre dos orillas, de piedra en unas partes, de escorias y de barro en otras; pasaba por en medio de calles formadas por casuchas de curtidores, desde cuyas galerías, al ras del agua, obreros medio desnudos hundían y empapaban pieles en la sucia corriente.

Algunas callejuelas, como las de los Gobelinos, parecían de un rincón de Venecia; las casas estaban edificadas á ambos lados sobre una muralla; tenían las ventanas tapiadas ó medio cerradas, lo que daba á la callejuela un aire de sitio bloqueado. Por en medio pasaba el canal como una acequia de lenta corriente; en su superficie, los detritos de las fábricas de curtidos y de las tintorerías flotaban

en las aguas, dándoles un aspecto trágico.

No parecía sino que aquel arroyo venía de un campo de batalla en donde la carnicería hubiera sido tal, que la sangre y el pus y las carnes en putrefacción corrieran por su superficie sobrenadando en ella. La pestilencia del aire corroboraba esta impresión penosa.

* * *

Se alejaron más hacia la Butte-aux-Cailles. Por allí la edificación terminaba. Se veían terrenos baldíos llenos de escorias y escombros, tapias bajas, dentelladas, largas, por encima de las cuales resplandecía el horizonte gris muy luminoso.

En alguno de estos solares, al lado de una casita blanca con gran tubo de chimenea humeante, se amontonaban materiales de derribo, persianas verdes, destañadas, jarrones de piedra, barandillas, puertas viejas, regaderas pintadas y pilas de tablas que se iban descomponiendo por la acción de la lluvia.

A un lado, rompiendo la línea gris de las fortificaciones, sobre terraplenes de color violáceo, corría en suave curva la línea de un tren.

Volvieron antes que oscureciera. Al anochecer, en el barrio de Croulebarbe, entre las bruma, algunas fábricas aisladas,

cuadradas, se levantaban como inmensos dados negros, agujereados por los rectángulos de las ventanas resplandecientes. Las altas chimeneas espiraban grandes bocanadas de humo blanco; de las rejas se columbraban galerías en donde los obreros curtidores trabajaban en artesas llenas de agua rojiza.

En alguna rinconada, un árbol desnudo y negro se destacaba en el fondo del crepúsculo; tipos de andrajosos pasaban por las calles encogidos, y en el interior de las tabernas hablaban grupos de vagabundos.

Cruzaron un bulevar exterior. Había anochecido; entre los espacios oscuros, correspondientes á los sitios sin edificar, brillaba de trecho en trecho la luz de los escaparates de las tiendas.

Pasaron el bulevar y se acercaron al centro, cruzando ese barrio de colegios y de conventos que se extiende entre el Bièvre y el Panteón. En las callejuelas, abandonadas y desiertas, algún farol de petróleo colgado de una cuerda se balanceaba y brillaba á lo lejos. El aire le hacía oscilar violentamente; su claridad danzaba del empujado á la tapia negra; el viento se derramaba por callejones y encrucijadas, y silbaba y gemía con una nota larga y sollozante....

Pío BAROJA.





HOMENAJE AL DUQUE JOB

(Versos recitados por su autor, en la Velada del día 17 de Abril, verificada en el Teatro Arbeu).

Un triunfo de luz cruza. Seres y cosas
transparentan su alma. Sobre sus huellas
las Horas se detienen. Hay jubilosas
sonrisas en la vida. . . . Revientan rosas. . . .
Hay dudas en la muerte. . . . Caen estrellas. . . .

Es que pasa la gloria de los divinos:
de los que vienen de ortos, de auroras llenos;
de los que van, con almas de torbellinos,
mojando con su llanto plectros de trinos,
y tiñendo en su sangre liras de truenos.

Es que pasa la estirpe regando asombros.
Son los que han tremolado banderas santas,
entre las humaredas y los escombros.
Los que llevan un mundo sobre sus hombros.
Los que sienten un cielo bajo sus plantas.

En sus pechos transidos bullen torrentes
ígneos, como las lavas de los volcanes.
Son abismos y cumbres. Tienden ingentes
lutos en sus anhelos, y alzan las frentes
con soberbias de nieves, sobre huracanes.

De pugar de miserias contra garbullos,
sus rotos mantos muestran sus cicatrices.
Son encinas con nidos. Vuelcan arrullos
en ráfagas glaciales, y en sus orgullos,
abrazan las conciencias con sus raíces.

Cíclopes rige en ellos el Pensamiento.
La Fábula en su fuerza no los alcanza.
Amenazan lo arcano con un portento:
la erección, hacia el pasmo del firmamento,
de la infinita Torre de la Esperanza.

Tienen para las penas bálsamos suaves,
y acerados broqueles para las sañas.
Sus voces son tañidos. Tiernas ó graves,
difunden entre lampos vuelos de aves
que conmueven solemne paz de montañas.

Sus magnánimas manos tienen virtudes
tales, que en milagrosas imposiciones,
y en nombre de clementes excelsitudes,
encienden fe de angustia sobre ataúdes,
y ante duelos realizan resurrecciones.

Llevan las frentes altas, altas y yertas,
entre una nube negra que esgrime espadas
de relámpagos rojos. Y están abiertas
en sus ojos que exploran albas inciertas,
las fulgurantes alas de sus miradas.

Llevan su apoteosis con paso leve,
en góndolas de lirios y de azucenas,
precedidas de ilustres cisnes de nieve,
ó en carros deslumbrantes de oro en relieve,
tirados por leones de ígneas melenas.

La Eternidad es de ellos. Y no habrá ni una
selva de hosca estulticia que venza en redes

de agresivas malezas á la fortuna
con que cantan con tenue rayo de luna
ó fulgor de tormenta de altas mercedes.

Florece sus heroicas meditaciones
con rosas ideales. Y dan la gloria
de estrofas que á ser llegan constelaciones
del espíritu humano. Por intenciones
de astros, cada uno alumbra con su victoria.

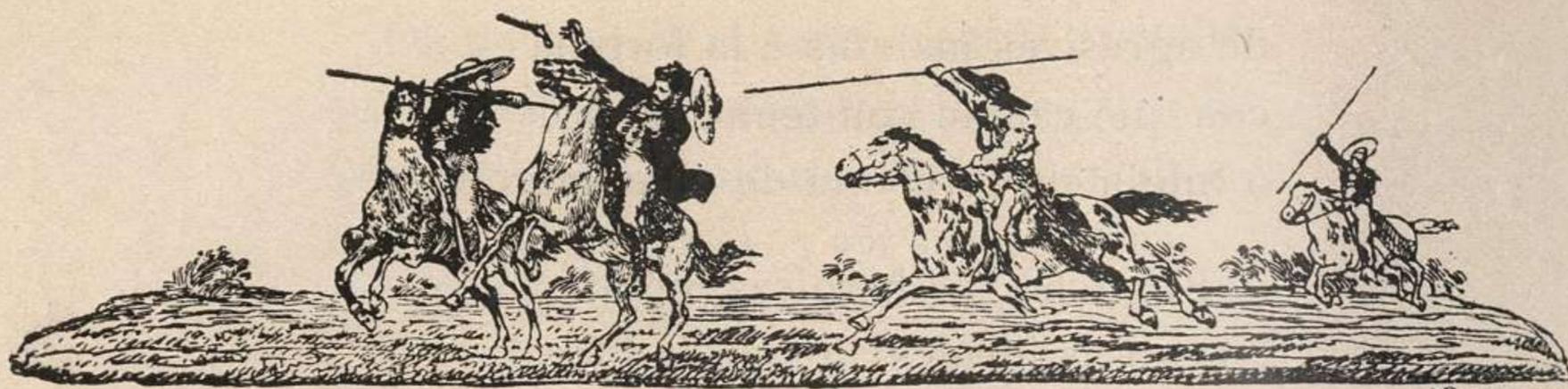
Y van hollando guijas de odios y halagos.
Y así son blancas nubes y rojas llamas....
Y á las nubes qué importan copias de lagos!
Y qué á las llamas nobles que sobre estragos
y cenizas, se extiendan sus oriflamas!

Y entre aquestos divinos pasa el preclaro
Duque de los Encantos de la Palabra,
con la razón que lo hace ser como un faro,
en el poder excelso por el que es claro,
para que entrañas frías de sombras abra.

Y va con su victoria de sol extraño,
fecundando en esperas de surcos, largas
ansiedades del germen que año por año,
será el pan de los pobres que, como antaño,
ogaño padecieran hambres amargas.

Y como sol no quiere saber de intentos
de grises polvaredas en los caminos....
Vive con sus eternos fulgores cruentos....!
Y sabe la justicia con que los vientos
hacen de polvos, polvos; de trinos, trinos!

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.



ALGUNAS NOTAS SOBRE PINTURA

En este momento, los pintores jóvenes estamos un poco perplejos, con esa perplejidad de todos los artistas que empiezan, cuando van á hacer su examen de conciencia. Nos cuesta un gran trabajo ordenar nuestras convicciones de arte, y la inquietud de criterio artístico determina en nosotros un gran desasosiego espiritual.

En todas las exposiciones que vemos, la misma intranquilidad se apodera de nosotros; sobre todo si esa exposición es de las que se llaman *de tendencia*.

En frente de una tendencia que se nos presenta brillantemente, nuestros espíritus, que tienen la plasticidad de las juventudes, se preguntan: «¿Es cierto? ¿Llegaremos por este camino á hacer el gran arte que hemos soñado?»

Recuerdo ahora la impresión que me produjera la Exposición de *La Libre Esthétique*, celebrada el año pasado en Bruselas. El programa de esta Exposición era el siguiente: dar á conocer el movimiento impresionista en los diversos países y durante estos últimos años. Y ahí, junto á

las primeras armas que el impresionismo había hecho en Bélgica, estaban los continuadores de la hora reciente. Junto á los cuadros de Pantazis, á la manera de Manet, los paisajes nevados de Voggel, las aguas de ensueño de Verdhien, y las geniales excentricidades de Ensor; el arte profundo y equilibrado de Claus, las decoraciones de Degouve de Nuncques, las notas lunares de Heymans, las mujeres de carne rosa y nácar de Morren, discípulo del glorioso Renoir, los paisajes líricos de mi maestro Toorop, notas de Childe Hassam el neoyorquino, Mir, Rusiñol y dos ó tres más.

Os confieso que mi desconcierto era grande, y que al ver reunidas bajo un mismo título de impresionistas las cosas más diversas, me preguntaba por qué hay señores que tienen la manía de las clasificaciones.

Sin embargo, yo traté de encontrar el lazo invisible que reunía á aquella veintena de pintores, y logré establecer lo siguiente, que más tarde confirmé en sucesivas exposiciones impresionistas. Hay, en

efecto, entre los impresionistas, una tendencia hacia la paleta clara; la impresión que nos hace una exposición que exclusivamente contenga estas obras, es de una luminosidad que nos habla de ventanas abiertas y de campos gloriosos de sol.

Y, efectivamente, son cosas de un exquisito y genuino goce pictorial.

En algunos de los impresionistas, con el objeto de llegar á la mayor cantidad de vibración luminosa y de intensidad cromática, se ven aplicadas las doctrinas de la división pigmentaria del tono.

La objeción más grande que se ha hecho á la nueva técnica, es la de que complica el procedimiento en vez de tender á la simplificación; esto no es nunca un defecto, si por medio del divisionismo llegamos á hacer un arte más grande y más hondo.

Desgraciadamente, y por la habilidad que supone la posesión de esta técnica, se llega al virtuosismo, y entonces el artista se torna en el artífice que pone pinceladas con una benedictina paciencia, pero que suprime de su arte esta cualidad, la más grande y tal vez la única á que un pintor debe atenerse: *la selección para encontrar lo expresivo*.

Y así yo, después de ver todas aquellas bellas cosas en las que la luz cantaba, iba á visitar á mis viejos maestros; y ante la vida de Santa Ana, pintada por Metzys con la paleta clara y con el alma llena de amor, os lo confieso, y perdonadme si no pensáis como yo, se me olvidan los Renoir y los Degas que había visto; y junto á un paisaje de Patinir (aquel querido maestro que desde su casa de Dinant adoraba á la Virgen y creía ingenuamente en el Diablo), pensaba que la pintura se había muerto en el siglo XVII y que no hay quien diga aún la palabra de Resurrección.

Ya sé que esto indignará ó hará sonreír

con desdén á los que piensan que la pintura sigue nuevos caminos; pero creedme: más nos valdría tener otro Tiziano que nos pintara á nuestras queridas muñecas de Paris, sus carnes viciosas y bellas, sus grandes ojos que saben de paraísos artificiales, sus trajes de una elegancia infinita, tan infinita como la elegancia del Renacimiento, que todos los buenos señores que nos pintan encarnizadamente el patio banal de nuestra casa, la iglesia de nuestra villa á todas horas del día, ó los bulevares en donde hormiguea la gente diminuta y ridícula como en el país de Liliput.

Y entonces pensaba en las palabras de dos grandes maestros de estos tiempos, que fueron grandes porque supieron ver las obras de aquellos que nunca pasarán.

Hablo de Delacroix y Whistler.

Decía el maestro francés: *La Naturaleza no es más que un diccionario*. Esto es: en ella encontramos los elementos de la producción; pero es preciso proceder como el literato, que, valiéndose de las palabras contenidas en el diccionario y mediante un sabio trabajo de ordenación y selección, llega á producir obra de arte. Y de tal modo es preciso considerar lo que directamente sobre la Naturaleza se hace, que los estudios, los apuntes, etc., no son sino elementos que más tarde deben servir para realizar la obra completa y definitiva; porque el darlos como obras acabadas, equivaldría á que el literato nos diera, en vez de un libro, su cuaderno de notas.

Además, es preciso convencerse de que el arte: música, poesía, pintura, escultura, nada tiene que ver directamente con la Naturaleza, sino que ésta es simplemente el tema conductor sobre el cual el artista sinfoniza y armoniza sus rimas y sus ritmos de notas, palabras, líneas y colores.

El pintor norteamericano glosa las palabras de Delacroix y dice, poco más ó

menos: *La Naturaleza es como un clavicordio, en el que duermen poemas divinos; pero es preciso que la mano sabia del artista despierte las notas y arregle y coordine los diversos elementos que ante él se presentan.*

La fiebre naturalista que hoy domina en los pintores de España, es la mitad del camino: es la documentación, es el estudio, el aprendizaje; pero no es la creación. Y á la creación hay que tender para dejar en los cuadros la visión de nuestro sueño.

Sólo en aquellos países quiméricos de Leonardo y de los venecianos; sólo en los azules paisajes de Citerea de Watteau, está lo entrevisto, el más allá de la vida, el color inefable, los mares de turquesa y los bosques de esmeralda. . . .

Mi convicción actual es *la busca de lo expresivo*; es decir, la supeditación de la línea, del color y del claroscuro á la expresión de un estado espiritual. Creo que así procedieron los maestros que admiro con toda la fuerza de mi alma, y creo que aquel que tienda, como ellos tendieron, á la eliminación del azar en la obra de arte, en la investigación ansiosa de la obra perfecta, se les parecerá; no con el parecido superficial que dan las imitaciones, sino con el que tienen las obras inspiradas por una misma concepción estética.

Esta idea de la selección en pintura es la fuerza de los antiguos maestros. «Cuéntase de Leonardo que una vez tuvo que pintar un animal espantable y lo hizo con diversos elementos que de otros animales sacó, llegando á dar una obra que ponía espanto en cuantos la veían.» El mismo maestro florentino dice esta convicción en su *Tratado de la Pintura*, § VII: «El pintor debe ser universal y amante de la soledad; debe considerar lo que mira y raciocinar consigo mismo, *eligiendo las partes más excelentes de las cosas que ve.*» El pintor tiene que decir un estado de su es-

piritu á quien contemple su obra, y los medios de expresión son la armonía y el ritmo que su línea, su color y su claroscuro sigan, por lo que es preciso que llegue al dominio absoluto de los medios de su arte; es decir, *al estilo*, que es la intensificación de los medios expresivos. Y el pintor habrá dado un gran paso en su arte cuando el estudio definido y abstracto del dibujo le enseñe cómo la dirección de una línea puede sugerir una idea, y cuando tenga la convicción absoluta de que, por variable que sea el efecto de los colores, cada uno de ellos tiene su carácter propio, que está en relación con nuestros sentimientos. Yo creo que á nadie le es difícil convencerse por sí mismo del poder expresivo del color. Sin duda que un color tiene por sí propio menos virtud de expresión y de emoción, que cuando contrasta ó se armoniza con otro. Sin embargo, entre el blanco, que resume todos los rayos del sol, y el negro, que los absorbe, cada color tiene su acento propio y nos dice alegría y tranquilidad, mientras más se acerca al blanco, y se melancoliza ó se entristece al llegar al extremo obscuro.

El amarillo es el color que más directamente emana de la luz; los pueblos coloristas, como los chinos, le miran como el más bello de los colores. Es el color de espectáculos espléndidos, de los más preciosos metales. Es espléndido en los campos de trigo y en las cabelleras rubias. Mancha de negro, es la piel de los animales terribles, la pantera y el tigre, y esta oposición de oro y negro es muy común y muy amada en los pueblos violentos: las españolas divinas envuelven sus cuerpos en el prestigio de oro y negro de los pañolones de Manila.

El rojo está colocado entre la alegría de los tonos claros y la tranquilidad de los sombríos: tiene una expresión de dignidad, de magnificencia y de pompa. Es im-

ponente y terrible en las togas judiciales; en las vestiduras cardenalicias, y en los uniformes militares nos habla de orgullo y de expansión. Llama y provoca la mirada y afirma la voluntad.

El azul es el color que sube y baja más en la gama tonal; llega casi al blanco imperceptiblemente y se profundiza hasta los confines del negro. Place á los poetas, porque es inmaterial y celeste. Cuando es claro, nos habla de pureza, de cosas etéreas, y cuando obscuro, tiene la imponente melancolía de los crepúsculos.

Y así sucesivamente se podría pensar en los diversos caracteres expresivos que el color tiene por sí mismo, y del mismo modo encontraríamos que el claroscuro posee su expresión particular. Y el día que llegáramos á la expresión pictórica de estos conceptos, estaríamos más cerca del divino Sandro ó de Leonardo el Dios, que haciendo cabezas sucias y todas esas cosas que en el arte naturalista pintamos.

Piense cada uno como quiera. La perfecta autonomía individual es la característica de nuestros tiempos; pero sobre todo esto están las grandes cosas que fueron. Sírvanos la Naturaleza para documentarnos, para poder elegir en ella los elementos que más respondan á nuestro reino interior. Procedamos como el poeta y como el músico, por una selección de ritmos y armonías, y llegaremos á pintar esa obra que está en todas partes y no está en ninguna. Desliguémonos, dentro de nuestro sér de hombres modernos, de esa cosa despreciable que se llama la moda, y pensemos que sólo la obra de nuestro sueño es duradera. Y si al fin hemos sido torpes y nos queda la derrota, es preciso pensar que fué por realizar esa obra íntima, esa expresión única y personal del reino interior que cada hombre, por humilde que sea, lleva dentro de sí mismo.

ANGEL ZÁRRAGA.





INSTANTE

BaÑe la flor sangrienta de tu boca
 el resplandor lunar de tu sonrisa,
 y vuelen tus suspiros en la brisa
 como un reclamo que al amor invoca.

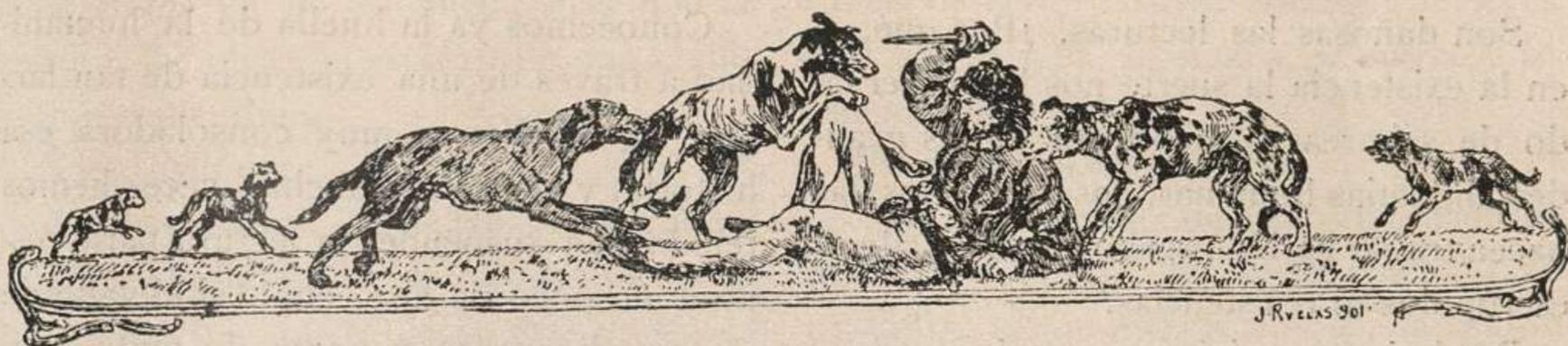
Virgen tu sangre, en turbulencia loca
 por tu vibrante cuerpo corra aprisa,
 y quede así tu voluntad sumisa
 al beso audaz que la pasión provoca.

Y á la llama fundente de ese beso,
 en la inercia feliz del embeleso,
 déme tu carne pura sus primicias;

y en el célico instante del espasmo
 sacuda mi alma su mortal marasmo
 ante el divino dón de tus caricias.

DARÍO HERRERA.

1907.



LEYENDO

A veces son desconsoladoras las lecturas. Hay libros que refrescan el espíritu, agitando las ideas discólicas y haciendo entrar en sedación los dolores que nos deja el paso por la vida. En ocasiones, esas lecturas son amargas; dañan á traición.

¿Qué es un libro? Si es cierto que los libros tienen alma, al decir de la crítica con retumbante frase literaria, declaramos que es pérfida, cautelosa, á veces asesina, como alma de mujer.

No sé quién dijo que un libro es el mejor amigo. No lo creo. Más bien me inclino á creer que es un enemigo implacable. Nos pinta una vida mentirosa, embellecida con afeites artísticos, sin duda para más amargamente engañarnos con el desencanto.

No hay mayor dolor que, después de leer un libro, novela de pasión, cuento de amor, lo que sea, reconcentrando en el espíritu esa visión ideal de la vida, fijándonos en la existencia corriente, al día, interrogarnos interiormente: ¿por qué no será así? . . .

No obstante, leemos. Los libros son un excitante para nuestro espíritu, algo así

como las inyecciones en los morfímanos, un despertador de ensueños, de ensueños malsanos, como los que buscan los bebedores de «hatchis» y los fumadores de opio.

Pasada la fugaz ilusión, duradera nada más que el tiempo de éxtasis psicológico, ¿qué enfermizo desencanto volver á la prosa vulgarísima de los hechos ordinarios que se suceden con monótona regularidad en torno nuestro!

Cierto que la sugestión es prodigiosa, que las sensaciones, á través de la lectura, se perciben al vivo. Quien no ha amado nunca, los que tengan el corazón vacío, ajeno á toda pasión amorosa, ¿no es cierto que han amado alguna vez, que han sentido en toda su poética intensidad, siquiera por un momento, el tranquilo cariño de «Ofelia»? ¿No les ha sacudido los nervios y les ha conmovido el alma el grito de los celos, el ímpetu de los bárbaros corajes con que enloquece la pasión de «Otelo»? Sin haber matado, libre la conciencia de toda culpa, ¿no es verdad que interiormente se ha sentido el remordimiento de «Edipo»? . . .

Son dañosas las lecturas. ¿Por qué, si en la existencia la suerte nos ha preservado de saborear la amargura de las grandes angustias humanas, los libros nos las hacen tragar sorbo á sorbo, sin que valgan escrúpulos ni resistencias?

Por la lectura vivimos en todas las épocas y somos, por libre voluntad, ciudadanos de todos los países de la tierra.

Y esto, ¿qué importa? Recorro con la memoria todos los siglos que fueron. Ninguno me encanta. Si por una especie de «avatar,» como el héroe de Gautier, pudiese vivir la vida de edades pretéritas, moriría de espanto ó de asco. Guerras, matanzas, luchas sangrientas de pueblos contra pueblos, es lo que se encuentra á lo largo de la histórica jornada humana. La barbarie de los hombres se sabe cuándo comienza, pero se ignora cuándo acaba. El salvajismo ancestral, á pesar de los decantados progresos, subsiste en estos modernos tiempos de civilización. ¿Qué importa que el arma homicida sea el hacha de piedra, la lanza de acero ó el cañón moderno?

Leyendo, esa es la primera consideración que surge.

Por otro lado, ¿qué país sería el preferido? Ya se sabe que en los libros se borran los límites de las nacionalidades y se universaliza la patria. Cada cual, sin embargo, se atiene al solar nativo. Pero, es posible que algunos creyesen mejor vivir en los pueblos salvajes, sentándose en los banquetes de caníbales, como dijo Ganimet, á comer la humenante carne humana.

Por lo menos esos actos los disculpa la barbarie. ¿Qué razón puede disculpar la espantosa carnicería de pueblos contra pueblos en los tiempos contemporáneos?...

Hay libros que nos hablan del porvenir de la estirpe humana. Sospecho que esos son los más dolorosos.

Conocemos ya la huella de la humanidad á través de una existencia de tan largos siglos. No es muy consoladora esa historia, y al leerla muchas veces hemos tenido que suspender la lectura para respirar un poco de aire, como si el vaho de tantos odios y los vapores de tanta sangre nos fueran á asfixiar.

Pensando en el porvenir, yo no sigo las elucubraciones de los profetas optimistas, los que dicen que llegará, con la plenitud de los tiempos, el advenimiento de la «edad dorada,» el reinado de la paz universal y de la felicidad humana.

Artes, ciencias, en que los hombres ponen su mentalidad; campos pródigos, climas benéficos, dones de la naturaleza domada, harán bella y agradable la vida entonces.

Pienso lo contrario.

Cuando leo á Taine, admiro el colosal poderío de Inglaterra que pesa sobre el haz de la tierra. Pero, terminadas esas páginas, viene á mi memoria la trágica visión de Macaulay, y pienso en aquellos salvajes remendando sus redes de pescadores á orillas del Támesis solitario, contemplando desde un puente las torres ya en ruinas de la catedral de San Pablo. Y la elegía famosa á Itálica parece que me recuerda sus versos llorando la desolación de un gran pueblo.

Otras memorias remozan pasadas lecturas. Es un poema de Richepin. Adelantado el tiempo, asisto en lo futuro á la jornada humana, que toca tristemente á su término.

Por las tierras desiertas de Europa, que ya invaden las aguas, caminan los últimos arios en demanda de un solar de origen. Sobre la cima más alta de los montes asiáticos, mirarán cómo toda acaba. Ya han perdido la tierra, campos, viviendas, lo que era comodidad y esplendores de una vida llegada al límite de las bie-

nandanzas. Ya no les queda más que la cultura, las ideas, el espíritu de una civilización espléndida.

Y eso entonces, ¿qué vale?

Abro otro libro. Es de Anatolio France.

También habla de las últimas jornadas humanas. No puede decir más en frases tan breves, intensamente dolorosas.

Habla de los seres humanos dentro de muchos siglos. Y dice: «Los últimos serán tan estúpidos como los primeros. Habrán olvidado todas las artes y todas las ciencias. Se tenderán miserablemente en las cavernas al borde de los «glaciers, que rodarán sus bloques sobre las dispersas

ruinas de las ciudades, donde en mejores días se pensaba, se amaba, se sufría y se esperaba.»

Después añade.

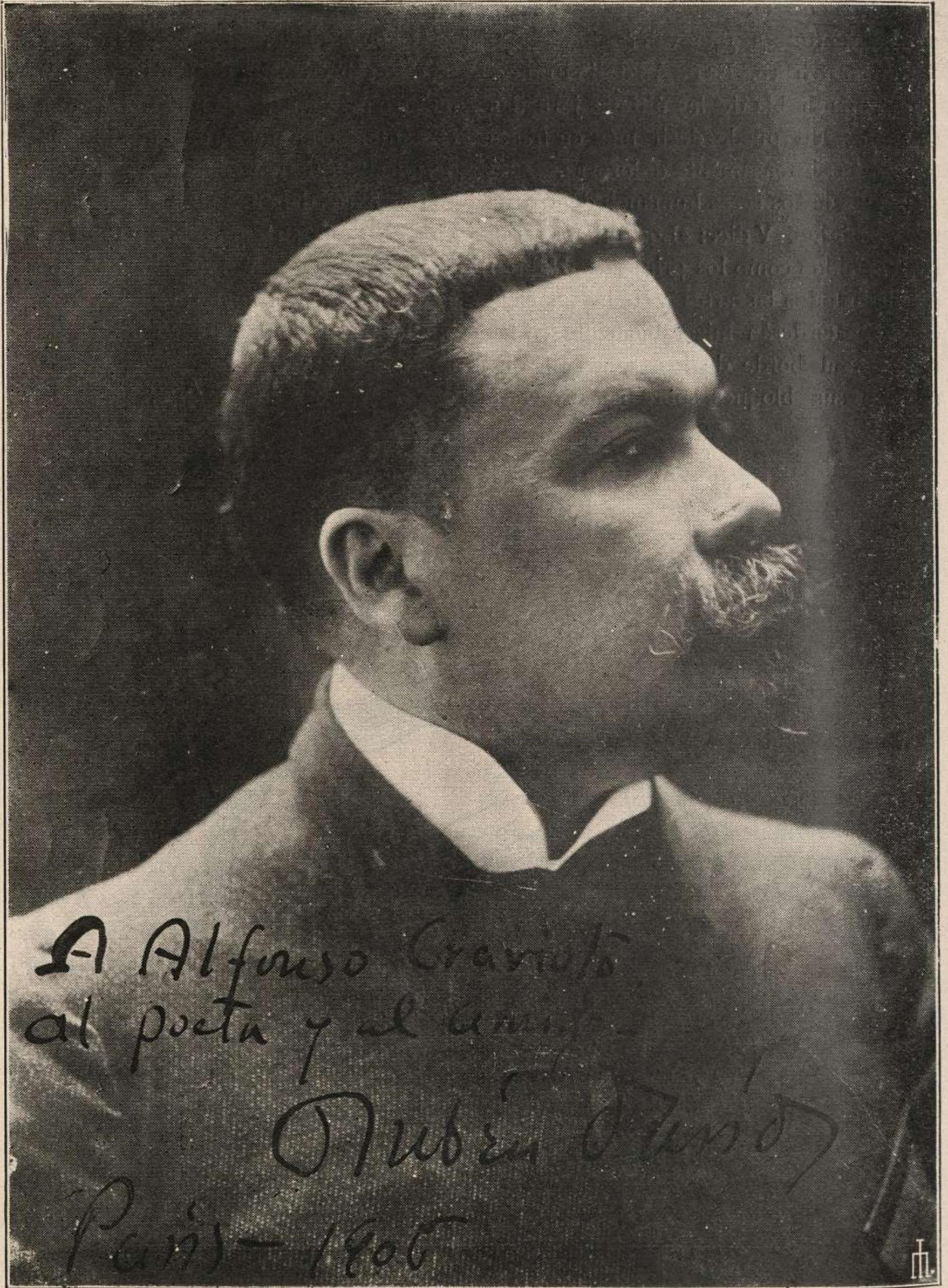
«No sabrán nada de nosotros, nada de nuestro genio, nada de nuestro amor, y no obstante, serán nuestros hijos, la sangre de nuestra sangre.»

Los libros dañan. Es mejor dejar que la vida continúe su curso inalterable. Sus sorpresas son las únicas alegrías que el azar nos puede prometer, y con esa ilusión por lo menos se puede ser feliz.

ANGEL GUERRA.



J. RUELAS
-1903-



Rubén Darío (último retrato).



A RUBÉN DARÍO

Pienso al verte en el Gólgota iracundo
 donde te inflingen sátiras agudas,
 que estirpe hicieron Barrabás y Judas
 y más de un Cristo sangra por el mundo.

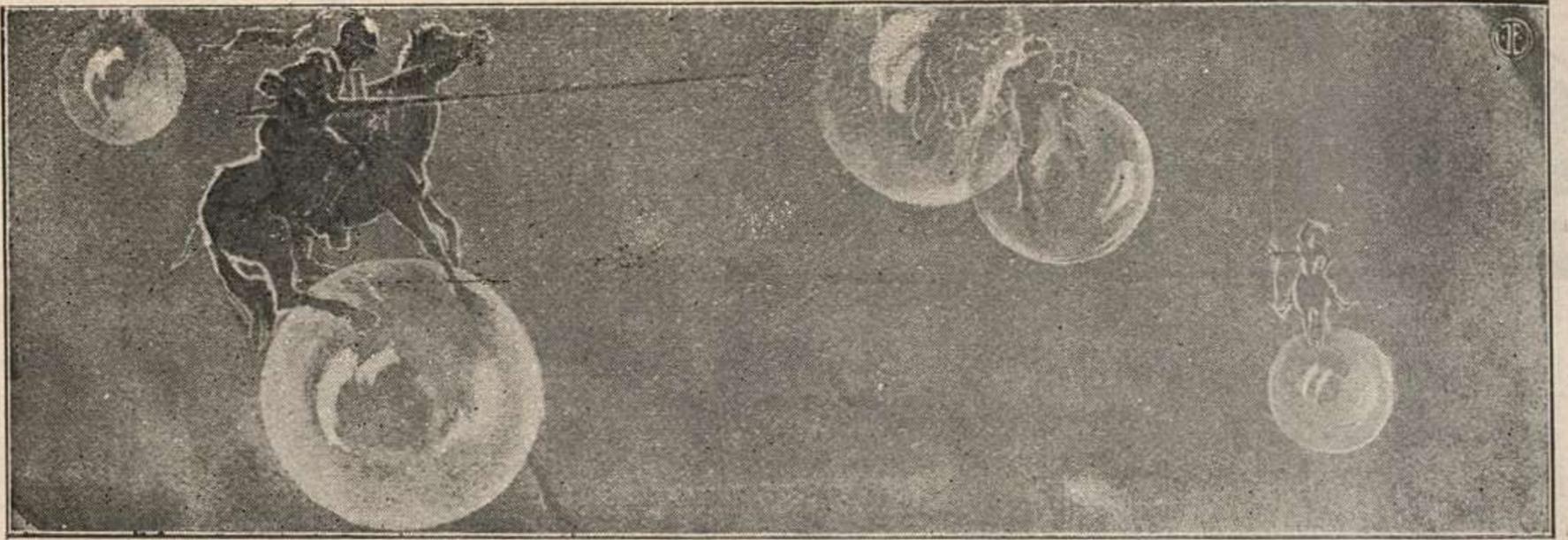
El nimbo llevas de los santos reos
 que fueron en las almas sembradores
 é hirió y clavó en el leño de dolores,
 la turba de villanos fariseos.

De ella, ni un gesto de piedad demandes
 —¡no imploran de los míseros los grandes!—
 y, altivo, diles: —Continuad, malvados;

desde la Cruz de mi gloriosa vida,
 puedo soñar aún con la sien partida,
 puedo volar aún con los pies clavados!

MANUEL S. PICHARDO.

Abril, 1907.



TENDENCIA DE LA LITERATURA HISPANO-AMERICANA

(De "The Literary Digest," Nueva York, 13 de Abril de 1907).

Traducido para la "Revista Moderna."

El desarrollo futuro de las literaturas en el Norte y en el Sur de América, presentará un interesante paralelo, si no una competencia, según indica un escritor en el «Evening Post,» de Nueva York, Marzo 29. Se llama en este artículo la atención sobre los hechos en que se basa esta profecía, con motivo de la publicación de una antología compilada por Manuel Ugarte é intitulada «La Joven Literatura Hispano-americana.»

«Aquí en el Norte —dice el escritor del «Post,»— la literatura recluta sus adeptos entre todas las razas de la tierra, pero se desarrolla sobre líneas anglo-sajonas; allí en el Sur, una raza algo semejante, y por lo menos tan mezclada como la nuestra, expresará sus más altas aspiraciones bajo la tutela estricta de la tradición

latina.» Este último pensamiento recibe su apoyo en el hecho de que la presente antología, publicada en París, indica que sus ciento y más autores se han formado «bajo la influencia de la más reciente literatura francesa, á veces filtrada, indudablemente, á través de escritores españoles.» Otro hecho interesante á este respecto, es el de que entre los nombres que forman la lista de autores, aunque españoles en su mayoría, hay un buen número de apellidos ingleses, franceses y alemanes.»

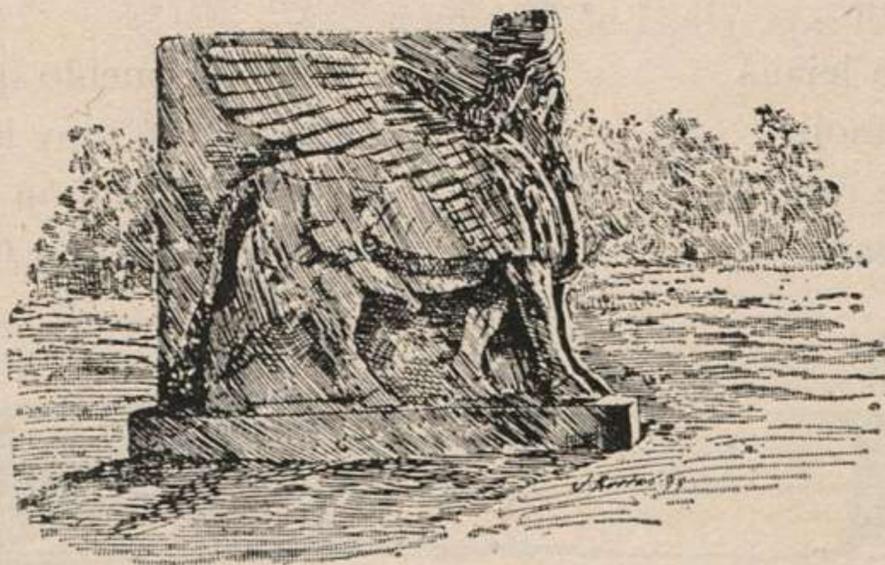
«Debe entenderse que los jóvenes escritores hispano-americanos no son en manera alguna serviles imitadores de sus modelos. Solamente han aprovechado la tradición francesa para realizar sus propios ideales. Muchos de ellos han estudiado en las más altas escuelas de París. Todos pa-

recen tener aspiraciones semejantes á las de los realistas, analistas y simbolistas de la Francia contemporánea. Y esta consideración nos lleva á la reflexión paradójica de que la surgente literatura hispano-americana parece haber nacido decadente. Estos jóvenes aspirantes de un nuevo mundo han adoptado, en cierto modo, las actitudes de Verlaine, Moreas, Mallarmé, productos de un mundo viejo. *El perjuicio de esta especie de enfermedad ha sido pequeño, sin embargo, como lo indica el Sr. Ugarte. En realidad, este preciosismo de estilo y de dicción ha resultado probablemente benéfico en una literatura tan necesitada de disciplina. Los apóstoles de lo Ultra-moderno y de lo precioso han logrado, por lo menos, en el transcurso de media generación, forjar un nuevo estilo, nervioso, preciso, expresivo, adecuado, en una palabra, para todas las necesidades modernas.»*

En el tono cosmopolita de casi toda esta literatura, se nota la ausencia de una vigorosa influencia inglesa ó alemana. Continúa el escritor del «Post:»

«Estos escritores conocen su Whitman y su Nietzsche, pero no se consagran al culto de la fraternidad ni al del super-

hombre. Políticamente, su actitud hacia los Estados Unidos es de prudencia, cuando no de suspicacia. En nuestro gigante industrialismo, en lo que ellos consideran nuestros sueños de conquista, ven algo antipático, cuando no amenazador. La ironía, la indignación á veces, con que Mr. Roosevelt, «Profesor de energía,» es tratado por escritores como Rubén Darío, de Nicaragua, y Márquez Sterling, de Cuba, indica que el apóstol de la vida sencilla é intensa, ofrece un complicado problema á los analistas latino-americanos. Este es un hecho que no debe asombrarnos mucho ni ser deplorado. En realidad, cualquier «entente» intelectual con la América del Sur, se logrará más bien por medio de una franca comprensión y aceptación de las diferencias fundamentales de raza, que por la insistencia sobre simpatías que no existen. Cuando nosotros comprendamos por qué allí se canoniza á Don Quijote y ellos comprendan por qué nosotros prescindimos de las elegancias francesas que á ellos les parecen tan esenciales, entonces y sólo entonces, podrá un comité intelectual de ambos continentes crear la verdadera retórica de los congresos pan-americanos.»





EL DRAGÓN

(De un libro en prensa).

Como en un marco de laca,
ó en un extraño abanico,
donde un faisán alza el pico
buscando una luna opaca;

como en un biombo de seda,
donde un guerrero mongol
sostiene en un parasol
á un viejo bonzo que rueda;

como en el frizo arrogante
de un inmenso pebetero,
donde contiene un arquero
la furia de un elefante;

la inmensa China lejana
sus corvas espadas moja,
tiñendo con sangre roja
las torres de porcelana.

Pero si ante el mandarin,
saquean los invasores
las tiendas multicolores
de las calles de Pekín,

no es que la fuerza divina
niegue á su pueblo un ejemplo,
ni asista al Budha del templo
sin revelarse á su ruina;

es porque en las escrituras
los tiempos no son llegados
de que los antepasados
remuevan sus armaduras. . . .

Que el pueblo que hoy acató
se levantará muy luego,
si lanza el dragón de fuego
su grito ronco: *¡Pa-hoo!*

MANUEL UGARTE.

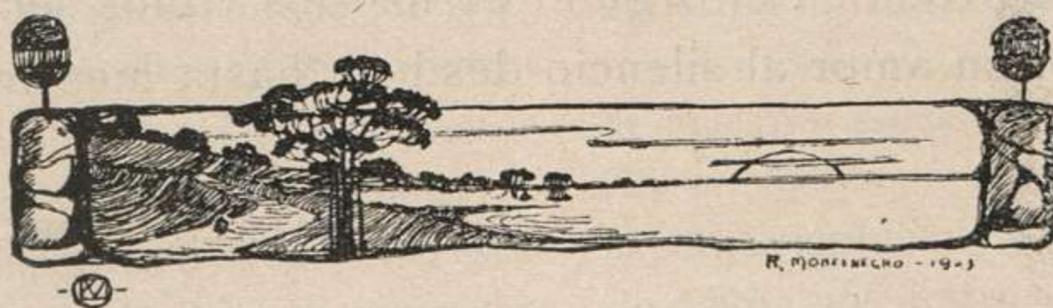


CARDUCCI

Había nacido en 1835; pero si hubiese nacido veinte años antes, el fragor de la lucha entre clásicos y románticos se hubiera abierto paso igualmente, dada su energía y su vigor intelectual, y al convertir — como á ello le inducía su carácter — la literatura en arma de guerra en nombre del patriotismo, hubiera vencido á Niccolini, á Guerrazzi y á D'Azeglio; hubiera acompañado y completado á Mazzini y hubiera tenido por discípulo á Giusti. Como llegó después que ellos, cuando Aleardi había cantado ya «La Cita Marinare,» cuando Prati había logrado la satisfacción de ser poeta áulico, cuando las irritadas poesías anti-albertinas de Berchet habían caído en el olvido, cuando los grandes destinos de Italia estaban próximos á cumplirse, no pudo ser más que el poeta histórico y crítico del *resorgimento*.

Carducci fué un espíritu universal; fué pensador, filósofo, polemista, político, sin dejar nunca de ser poeta. Su obra crítica no traspuso los confines de la patria, porque los traductores extranjeros tropezaron con la imposibilidad de verter á sus idiomas respectivos sus geniales pensamientos, pero la historia y la literatura extranjeras tuvieron en él un investigador concienzudo, sensible á todos los fenómenos de la vida intelectual allende los Alpes.

Hemos sepultado á Carducci; pero podemos decir que con él hemos sepultado cuanto quedaba aún entre nosotros de grande y de noble para atestiguar con la elevación del ingenio, con la profundidad de la erudición, con la bondad de los sentimientos, con la generosa valentía del espíritu, las razones ideales y reales de la unidad de Italia, con Roma por capital.





LA ESTATUA DE COLEONI

VENECIA

Por Alberto Mérat.

(De las "Ciudades de Mármol").

El condotiero —vástago del gran republicano—
De sangre más ilustre que una estirpe real,
En los estribos férreos sesga los pies; la mano
Excita y doma el fuego de su corcel, triunfal.

Levanta el estandarte de emblema soberano
El otro brazo, abierto en un gesto leal;
Y prefiere en banderas de simbólico arcano
El viejo león véneto al águila imperial.

Fuerte guía de bravos soldados de su talla,
Sus ojos sin pupila dirigen la batalla;
Espera las Victorias que están ya por venir;

Y la rugosa boca de los caídos huecos
—Cerrada en el orgullo de los dos labios secos—
Por su amor al silencio desdeña hasta mentir.

RAFAEL LÓPEZ.



ELLA

Reuniéronse para celebrar Consejo en la cámara de la galera real los capitanes de las escuadras de la Liga. Iban entrando en la cámara respetuosamente, haciendo la venia al joven jefe supremo de las armadas unidas, el cual contestaba al saludo con afable sencillez. De su persona emanaba aquel atractivo que conservó hasta la muerte, mezcla de lo dulce y lo intrépido, lo franco y lo altivo, (involuntario quizás), que le prestaba la sangre cesárea hirviente en sus venas de héroe precoz. Vestía de tisú blanco, con acuchillados de oro y herretes de diamantes, gola rizada y guantes de ámbar, como si se tratase de asistir á una fiesta; y su alborozo era tan visible, que el príncipe de Parma hubo de secretar por lo bajo al Gran Prior de la Orden de San Juan:

—Los mozos tornan las funciones de guerra por juegos de cañas.

Contrastaba, en efecto, la actitud de D. Juan con la de los altos personajes que acudían al Consejo. Estos venían preocupados, cejijuntos y encerrados en misteriosa reserva. Ocuparon en silencio los esca- beles alrededor de la mesa de torneados

pies; dos ó tres tosieron de un modo afectado; uno acomodó la cazoleta de su espada. El mozo, impaciente, les apremió:

—Digan sus pareceres.... Hable primero el poderoso Andrea Doria, por nuestra aliada la serenísima República.

Doria se levantó. Al prepararse á hablar, interiormente estaba viendo algo espantoso que acababa de suceder: una ciudad tomada, arrasada, saqueada; arroyos purpúreos corriendo por calles y plazas, hasta coagularse al pie de los destruidos muros; galeras venecianas zozobrando en medio de horrible tormenta; galeras de Malta, más infelices, apresadas por el turco. Era un veterano ilustre Andrea Doria; pero le resonaban allá en el fondo del espíritu los versos burlones del poeta satírico español, comentador de los recientes descalabros de las armas cristianas: «Y fué un ratón el parto de los montes....» Meneando la cabeza cautelosamente, opinó:

—Considerad, príncipe, la importancia de nuestras escuadras. Si el turco, superior en fuerza y número de bajeles, en experiencia militar, y á más envalentonado, ahora nos destruye, será la ruina defi-

nitiva de la cristiandad. Armada de tal valía, ni puede rehacerse, ni se ha de poner en riesgo sin la seguridad del triunfo. No tenemos necesidad de presentar la batalla: aunque triunfásemos, el invierno que se acerca nos impediría aprovechar la victoria. Socorrer á Chipre, bueno; hostilizar, mejor; empeñar la acción.... malo y peligroso.

—¿Así pensáis?

—Así pienso.... —Y el veneciano, contraído y sombrío, volvió á sentarse. Ya tres ó cuatro de los jefes asentían á su parecer; ellos recelaban lo mismo, y ahora se atrevían á formular claramente su recelo, amparándose en el prestigio de un marino y un general tan respetado como Andrea Doria. Era el estremecimiento del vago terror de la hora crítica, disfrazado con manto de prudencia. Ninguno creía tener miedo: si lo creyesen, se aborrecerían á sí propios. No: sólo prevención de varones fuertes, hábil estrategia, veían en la retirada vergonzosa propuesta so color de discreto ardid....

—Y vos, D. Alvaro, buen marqués.... ¿qué haríais?

Se alzó el interpelado. Su faz larga, su frente calva y espaciosa, surcada por profunda arruga, su barba puntiaguda, oscura, recortada con firmeza, se destacaban enérgicamente sobre la escarolada gorguera, bajo la cual relucía, en un relámpago, el acero bruñido de la coraza. Al ver la arrogancia con que se erguía el español, el veneciano encapotó más el entrecejo:

—¿Pues hay duda en eso? —declaró D. Alvaro.— ¿Nos hemos juntado con tanto aparato militar para nada? ¿Hemos exigido del pueblo tantos sacrificios para retroceder en la ocasión? Más valía entonces habernos quedado en nuestras casas hilando. Demos la batalla, señor, que Dios nos ayudará; y yo de mi sé decir que quiero ser muerto antes que retroceder. Llegada

la hora del peligro, Bazán acudirá al socorro.

La nota heriódica encendió de gozo las mejillas en flor de D. Juan de Austria. Su mismo espíritu hablaba por boca del triunfador del Peñon de Vélez y de Rio Martín; su propio impulso de acometividad lo traducía la voz llena y vibrante del marqués. Aún quedaba, sin embargo, un poco de vacilación en su mente: la terrible responsabilidad la agobiaba aún. Y entonces se levantó un magnate de pelo gris, de cuerpo endeble —el marqués de Priego. —Su entonación era apagada, lenta y grave, como esas cláusulas de canto llano que se escuchan desde lejos en las catedrales, en la puesta del sol, en las últimas notas de coro.

—Vengo de Roma —articuló, alzando piadosamente las manos.— Vengo admirado de la Santidad de Pío V. Es un varón del cielo, y es la discreción y la fortaleza hechas hombre. Por la mañana conversa con los ángeles, sus hermanos, y por la tarde rige con dictámenes de sabiduría á los reyes, sus súbditos. ¡Y Dios me ordena decir aquí que la Santidad de Pío V manda que peleemos!

Inclinándose profundamente, D. Juan hizo la venia al mandato del Papa. Al enderezarse otra vez, su acento fresco, timbrado, ardiente de juventud, resonó:

—Sin dilación: proas avante. ¡A buscar al enemigo.

La orden fué obedecida por el bosque de galeras, fragatas y bergantines que oprimía la superficie apacible del fondeadero. Como enjambre de hormigas que se despierta rebullendo y se esparce, activo, ensombreciendo el verde del campo, las naves desfilaban á todo trapo hacia las clásicas islas. Las viejas ninfas, mutiladas, escondidas en los boscajes, veían pasar las escuadras de la cristiandad, y, temblorosas, se escondían. Las malditas sirenas no

se atrevían á sacar fuera el pecaminoso torso. Las espantaba la cruz, que navegaba ya oreada por el aura de la victoria. A la boca del golfo de Lepanto, el vigía, encaramado en el calcés de la galera real, gritó: «¡Vela enemiga!» Era que la armada turca se precipitaba al encuentro de su adversaria. Al oír el primer cañonazo de desafío de la capitana de Ali Bajá, D. Juan, pensativo, dejó caer la palabra suprema:

—Muertos ó vencederes, hoy es el día de la inmortalidad.

Sus sueños de niño se realizaban. Al fin iba á revelar que era hijo del emperador paladín. El verdadero hijo entrañable —más verdadero, en cuanto al alma, que el pálido golilla que esperaba allá en la corte, papeleando noticias de la lid.— Y el bastardo, trasportado de orgullo, dió sus órdenes. La galera real voló á embestir á la de Ali. Las tajantes proas se arremetieron con furia de leonas enceladas, que hacen de dos cuerpos uno solo al impulso del odio, más enérgico aún que el amor. Bazán, cumpliendo su palabra, acudió al socorro. Incierta estaba aún la victoria. Se peleaba hombre contra hombre, en el frenesí sangriento del abordaje. Una bala de arcabuz horadó la frente de Ali. Un forzado español, gritando: ¡Santiago! rebanó la cabeza del turco, la agarró por los cabellos, para presentarla á D. Juan; pero deslizándose de la mano nervuda del galeote, la testa, toda roja, se hundió en las aguas del golfo, como se hundía en aquel punto el poderío otomano. Las naves turcas huían á la desbandada: unas se encallaban, otras ardían.

Las vencedoras anclaron en el puerto. Ebrio de gloria, fatigado, pero no rendido, D. Juan se apoyaba en la borda y escuchaba, como si viniese de gran distancia, la palabra amiga del marqués. «Aprovechese la jornada —repetía éste con porfia

tenaz.— Gánese el tiempo. No se les deje respirar ni recobrase. Acabemos con ellos; á barrerlos de la haz de la tierra. Adelante ahora, adelante.» Y Don Juan, asintiendo vagamente, sin discutir, pensaba en otra cosa. Quería quedarse solo. «Descanse ahora el buen D. Alvaro. La jornada lo requiere.»

Sin embargo, cuando el marqués se hubo retirado, no buscó el reposo de su cámara D. Juan. Permaneció en el puente, mirando á las olas que fosforescían, á los cabrilleos de plata derretida que la luna sembraba en ellas. Era la noche de serenidad admirable. La mocedad del héroe ascendía á su corazón, y se acordaba, se acordaba de la enamorada mujer que en Italia había dejado.— Un lejano hervor del haz del agua, un borbollear tímido, descubrió las suaves líneas de un busto de nácar, que el reflejo de las olas enverdecía. Poco á poco, sacando primero una mano, toda goteante de perlas liquidas, luego la cabeza que enramaban finas algas y corales, luego el pelo alabastrino —y ocultando el resto de su figura de monstruo,— la sirena se aproximó á la galera real. D. Juan la miraba á los ojos de esmeralda, atrayentes y enigmáticos. Le parecía joven y seductora, porque ignoraba que era la misma sirena milenaria que salió á detener á Ulises el astuto, sin conseguirlo, y que logró hacer retroceder en Accio, á Marco Antonio, en su galera de cinco filas de remos, por seguir á Cleopatra fugitiva.—Y la sirena empezó á cantar. Su voz se alzaba pura, melodiosa, algo apagada, como si pasase al través de las capas del agua profunda; y en cada estrofa su canto tenía lágrimas y caricias, promesas y quejas, añoranzas y suspiros, balbuceos de la pasión, que se fundían en la deliciosa música de una invitación á la breve felicidad. La sirena pagana tenía la misma voz que *ella*, y D. Juan, borrado ya el recuerdo de tanto

estrageo, de tanta muerte, sentía sólo el ansia infinita de *ella*, de su vista, de su encanto. Anheloso, tendió los brazos á la sirena, la llamó dulcemente, en el mismo idioma de la amada: «Vieni....» La sirena, con hechizo, repitió el llamamiento «Vieni....» Su mano señalaba el rumbo de Italia, el regreso. El corazón de D.

Juan saltaba contra su gola de acero nielado.

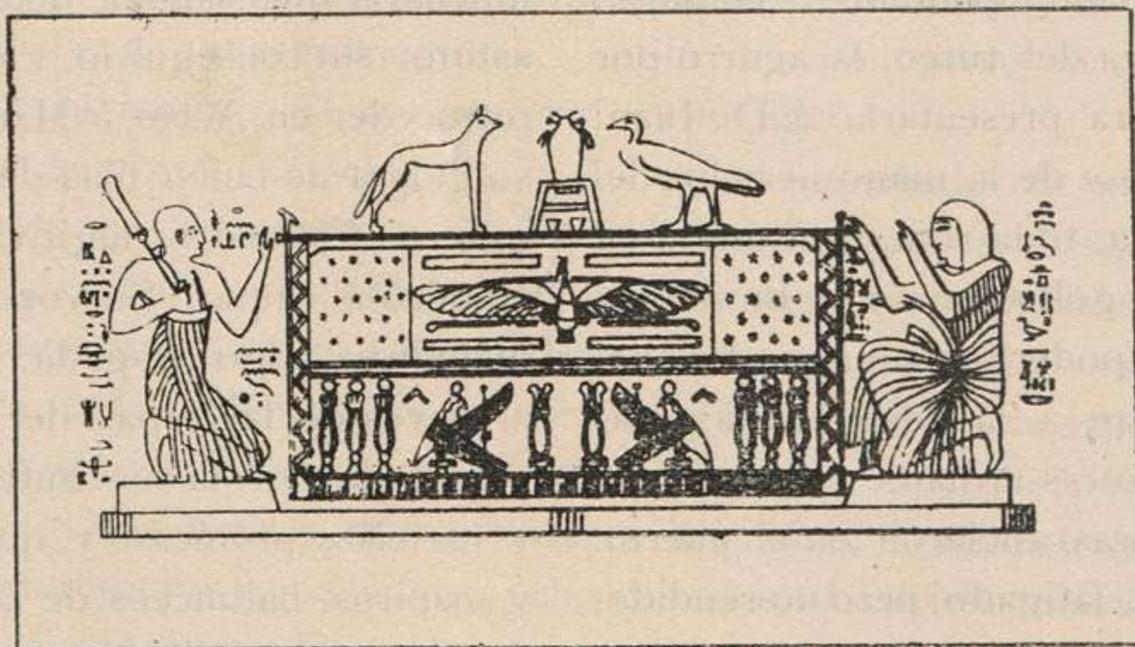
Y he aquí por qué pudo escribir un historiador, refiriéndose á la jornada memorable: «Ninguna victoria mayor, más ilustre y clara; ninguna más infructuosa.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

DARIO HERRERA

Ha regresado á México, con la intención de radicarse entre nosotros, nuestro amigo el distinguido escritor y ex-diplomático panameño D. Darío Herrera, á quien

tuvimos ocasión de saludar hace pocos meses, á su paso por esta Capital. «La Revista Moderna» se complace en saludar nuevamente al distinguido literato.





MIS PINOS DE PALMA

Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente,
Yo os amo. Sois dulces, sois buenos, sois graves.
Diríase un árbol que piensa y que siente,
Mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestras frentes la alada sandalia;
Habéis sido mástil, proscenio, curul,
Oh pinos solares, oh pinos de Italia,
Bañados de gracia, de gloria, de azul.

Sombríos, sin oro del sol, taciturnos,
En medio de brumas glaciales y en
Montañas de ensueños, oh pinos nocturnos,
Oh pinos del Norte, sois bellos también!

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,
Tendiendo á la dulce caricia del mar,
Oh pinos de Nápoles, rodeados de flores,
Oh pinos divinos, no os puedo olvidar!

Cuando en mis errantes pasos peregrinos,
La Isla Dorada me ha dado un rincón
De soñar mis sueños, encontré los pinos,
Los pinos amados de mi corazón.

Amados por tristes, por blandos, por bellos,
Por su aroma, aroma de una inmensa flor,
Por su aire de monjes, sus largos cabellos,
Sus savias, ruidos y nidos de amor.

Oh pinos antiguos que agitara el viento
De las epopeyas, amados del sol!
Oh líricos pinos del Renacimiento,
Y de los jardines del suelo español!

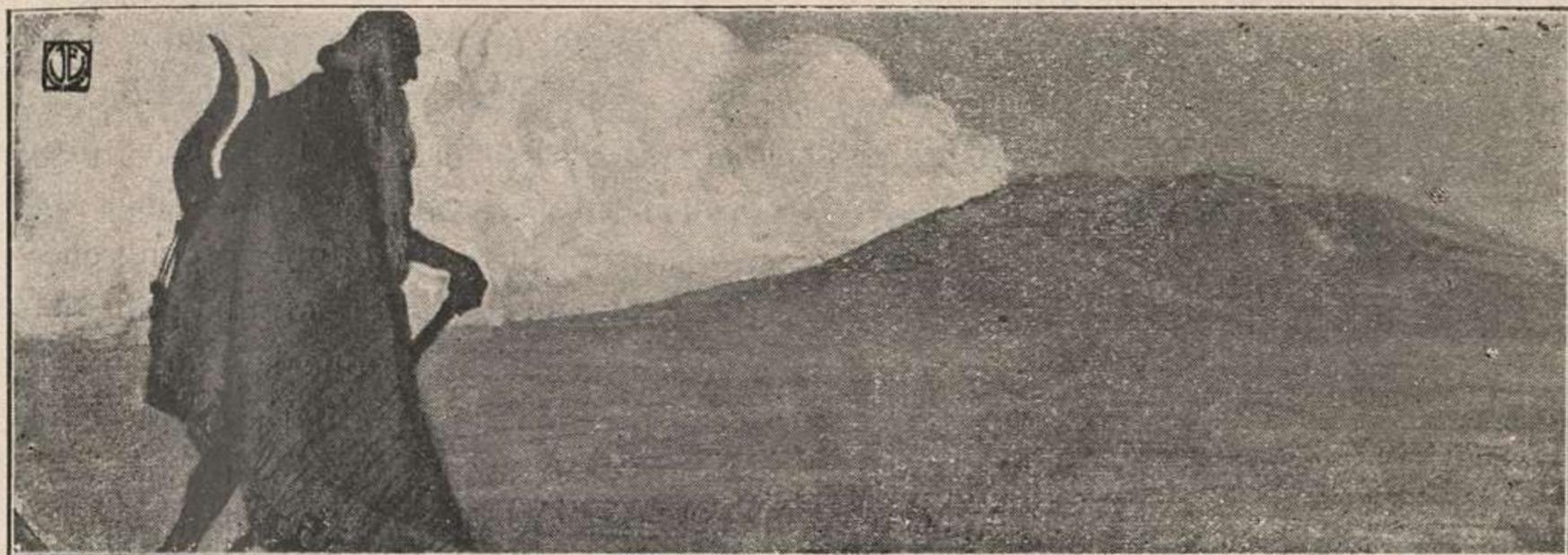
Los brazos eolios se mueven al paso
Del aire violento que forma al pasar
Ruidos de pluma, ruidos de raso,
Ruidos de aguas y espumas de mar.

Oh noche en que trajo tu mano, Destino,
Aquella amargura que aun es hoy dolor!
La luna argentaba lo negro de un pino,
Y fuí consolado por un ruiseñor.

Románticos somos.... ¿quién que es, no es romántico?
Aquel que no sienta ni amor ni dolor,
Aquel que no sepa de beso y de cántico,
Que se ahorque de un pino: será lo mejor.

Yo no. Yo persisto. Pretéritas normas
Confirman mi anhelo, mi sér, mi existir.
Yo soy el amante de ensueños y formas
Que viene de lejos y va al porvenir!

RUBÉN DARÍO.



DILUCIDACIONES

I

El mayor elogio hecho recientemente á la poesía y á los poetas, ha sido expresado en lengua «anglo-sajona» por un hombre insospechable de extraordinarias complacencias con las nueve musas. Un yanqui. Se trata de Teodoro Roosevelt.

Ese presidente de República juzga á los armoniosos portaliras con mucha mejor voluntad que el filósofo Platón. No solamente les corona de rosas; mas sostiene su utilidad para el Estado y pide para ellos la pública estimación y el reconocimiento nacional. Por esto comprenderéis que el terrible cazador es un varón sensato.

Otros poderosos de la tierra, príncipes, políticos, millonarios, manifiestan una plausible deferencia por el dios cuyo arco es de plata, y por sus sacerdotes ó representantes en una tierra cada día más vibrante de automóviles... y de bombas. Hay quienes, equivocados, juzgan en decadencia el noble oficio de rimar y casi des-

aparecida la consoladora vocación de soñar. Este no es ocasionado por el «sport», hoy en creciente auge. Las más ilustres escopetas dejan en paz á los cisnes. La culpa de ese temor, de esa duda sobre la supervivencia de los antiguos ideales, la tiene, entre nosotros, una hora de desencanto que, en la flor de su juventud —hace ya algunos lustros,— sufrió un eminente colega —he nombrado á Gedeón,— cuando, entre los intelectuales de su cenáculo, presentó la célebre proposición sobre «si la forma poética está llamada á desaparecer.» ¡Ah, triste profesor de estética, aunque siempre regocijado y poliforme periodista! La forma poética, es decir, la de la rosada rosa, la de la cola de pavo real, la de los lindos ojos y frescos labios de las sabrosas mozas, no desaparece bajo la gracia del sol. Y en cuanto á la que preocupó siempre á líricos dómínes, desde el divino Horacio á Don Josef Mamerto Gómez Hermosilla, ella sigue, persiste, se propaga y hasta se revoluciona, con justo

escándalo de nuestro venerable maestro Benot, cuya sabiduría respeto y cuya intransigencia hasta deseos me dan de aplaudir. Aplaudamos siempre lo sincero, lo consciente; y lo apasionado sobre todo.

II

No. La forma poética no está llamada á desaparecer, antes bien á extenderse, á modificarse, á seguir su desenvolvimiento en el eterno ritmo de los siglos. Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía, dijo uno de los puros. Siempre habrá poesía y siempre habrá poetas. Lo que siempre faltará será la abundancia de los comprendedores, porque, como excelentemente lo dice el Sr. de Montaigne, y *Azorín* mi amigo puede certificarlo, «nous avons bien plus de poëtes que de juges et interpretes de poësie; il est plus aysé de la faire que de la cognoistre.» Y agrega: «A certaine mesure basse, on la peult juger par les preceptes et par art: mais la bone, la supreme, la divine est au dessus des regles et de la raison.»

Quizá porque entre nosotros no es frecuentemente servida la divina, la buena, la suprema, se usa por lo general la «mesure basse.» Mas no hace sino aumentar el gusto por los conceptos métricos. La alegría tradicional tiene sus representantes en regocijados versificadores en casi todos los diarios. El órgano serio y grave, el *Temps* madrileño, tiene es su crítico autorizado, en su Gastón Deschamps, vamos al decir, un espíritu jovial, que á pesar de tareas trascendentales, no desdeña los entretenimientos de la parodia. No asombrará mucho al Sr. Villegas que yo prefiera, en este sentido, el talento del Sr. Pérez Zúñiga. Cada cual en su especialidad.

Quedamos, pues, en que la hermandad

de los poetas no ha decaído, y aun pudiera renovar algún trecenazgo. Asuntos estéticos acaloran las simpatías y las antipatías. Las violencias ó las injusticias, provocan naturales reacciones. Los más absurdos propósitos se confunden con generosas campañas de ideas. Mucha parte del público no sabe de lo que se trata, pues los encargados de informarla no desean, en su mayoría, informarse á sí mismos. El dilectantismo de otros, es poco eficaz en la mediocracia pensante. Una afligente audacia confunde mal aprendidos nombres y mal escuchadas nociones del vivir de tales ó cuales centros intelectuales extranjeros. Los nuevos maestros, se dedican más que á luchar en compañía de las nuevas falanges, al cultivo de lo que los geólogos llaman «appetitus inordinatus propriæ excellentiæ.»

Existe una «élite,» es indudable, como en todas partes, y á ella se debe la conservación de una íntima voluntad de pura belleza, de incontaminado entusiasmo. Mas en ese cuerpo de excelentes, he ahí que uno predica lo arbitrario, otro el orden, otro la anarquía, y otro aconseja con ejemplo y doctrina, un sonriente, un amable escepticismo. Todos valen. Mas ¿qué hace este admirable hereje, este jansenista, carne de hoguera, que se vuelve contra un grupo de rimadores de ensueños y de inspiraciones, á propósito de un nombre de instrumento que viene del griego? ¡Cuándo por el amor griego, se nos debía abrazar! Y ese antaño querido y rústico anfión —natural y fecundo como el chorro de la fuente, como el ruiseñor, como el trigo de la tierra,— ¿por qué me lapida, ó me hace lapidar, desde su heredad, porque paso con mi sombrero de Londres ó mi corbata de Paris? Y á los jóvenes, á los ansiosos, á los sedientos de cultura, de perfeccionamiento, ó simplemente de novedad, ó de antigüedad, ¿por qué se les grita: «¡haced es-

to» ó «haced lo otro!» en vez de dejarles bañar su alma en la luz libre, ó respirar en el torbellino de su capricho? La palabra «whim» tenía escrita en su cuarto de labor un fuerte hombre de pensamiento, cuya sangre no era latina.

Precepto, encasillado, costumbre, clisé.... vocablos sagrados. «Anatema sit» el que sea osado á perturbar lo convenido de hoy, ó lo convenido de ayer. Hay un horror de futurismo, para usar la expresión de este gran cerebral y más grande sentimental que tiene por nombre Gabriel Alomar, el cual será descubierto cuando asesine su tranquilo vivir, ó se tire á un improbable Volga en una Riga no aspirada.

El movimiento que en buena parte de las flamantes letras españolas me tocó iniciar, á pesar de mi condición de «meteco,» echada en cara de cuando en cuando por escritores poco avisados, ha hecho que *El Imparcial* me haya pedido las dilucidaciones que hoy inicio. Alégrame el que puede serme propicia para la nobleza del pensamiento y la claridad del decir, esta bella Isla en donde escribo, esta Isla de Oro, que no es, como supone el Sr. Zeda, un limbo; antes bien «es isla de poetas, y aun de poetas que, como usted, hayan templado su espíritu en la contemplación de la gran naturaleza americana,» como me dice en gentiles y hermosas palabras un escritor apasionado de Mallorca y cuyo nombre es altamente estimado en *La Epoca*. No me refiero á D. Aquiles Fragoso, mi entusiasta admirador Me refiero á D. Antonio Maura, presidente del Consejo de ministros de Su Majestad Católica.

III

Un espíritu tan penetrante como ágil, un inglés pensante de los mejores, Arthur Symons, expresaba recientemente:

«La Naturaleza, se nos dice, trabaja según el principio de las compensaciones; y en Inglaterra, donde hemos tenido siempre pocos grandes hombres en la mayor parte de las artes, y un nivel general desesperadamente incomprensivo, me parece descubrir un ejemplo brillante de compensaciones. El público en Inglaterra, me parece ser el menos artístico y el menos libre del mundo; pero quizás me parece eso porque yo soy inglés y porque conozco ese público mejor que cualquier otro.» Hay artistas descontentos en todas partes, que aplican á sus países respectivos el pensar del escritor británico. Yo, sin ser español de nacimiento, pero ciudadano de la lengua, llegué en un tiempo á creer algo parecido de España. De esto hace ya algunos años.... Creía á España impermeable á todo rocío artístico que no fuese el que cada mañana primaveral hacía reverdecer los tallos de las antiguas flores de retórica, una retórica que aún hoy mismo juzgan aquí imperante los extranjeros. Ved lo que dice el mismo Symons: «Me pregunto si algún público puede ser, tanto como el público inglés, incapaz de considerar una obra de arte como obra de arte, sin pedirle otra cosa. Me pregunto si esta laguna, en el instinto de una raza que posee en sí el instinto de la creación, señala un disgusto momentáneo de la belleza, debido á las influencias puritanas, ó bien simplemente una inatención peor aún, que provendría de ese aplastador imperialismo que aniquila las energías del país. No hay duda de que la muchedumbre es siempre ignorante, siempre injusta; pero, ¿hay otras muchedumbres opuestas con tanta persistencia al arte, porque es arte, como el público inglés? Otros países tienen sus preferencias; Italia y España, por dos especies de retóricas; Alemania exactamente por lo contrario de lo que aconsejaba Heine cuando decía: «¡Ante todo, nada de énfasis!»

Pero yo no veo en Inglaterra ninguna preferencia, aun por una mala forma de arte.» El predominio de esa especie de retórica, aún persistente en señalados reductos, es lo que combatimos los que luchamos por nuestros ideales en nombre de la amplitud, de la cultura y de la libertad.

No es, como lo sospechan algunos profesores ó cronistas, la importancia de otra retórica, de otro «poncif,» con nuevos preceptos, con nuevo encasillado, con nuevos códigos. Y, ante todo, ¿se trata de una cuestión de formas? No. Se trata, ante todo, de una cuestión de ideas.

El clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental, y juntos perpetúan la anquilosis, la inmovilidad.

Y debo hacer un corto paréntesis, «pro domo mea.» No habría comenzado la exposición de estos mis modos de ver, sin la amable invitación de *Los Lunes de El Imparcial*, hoja gloriosa desde días memorables en que ofreciera sus columnas á los pareceres estéticos de maestros, hoy por todos venerados y admirados. No soy afecto á polémicas. Me he declarado, además, en otra ocasión, y con placer íntimo, el ser menos pedagógico de la tierra. Nunca he dicho: «lo que yo hago es lo que se debe hacer.» Antes bien, y en las palabras liminares de mis «Prosas profanas,» cité la frase de Wagner á su discipula Augusta Holmès: «Sobre todo, no imitar á nadie, y mucho menos, á mí.» Tanto en Europa como en América, se me ha atacado con singular y hermoso encarnizamiento. Con el montón de piedras que me han arrojado, pudiera bien construirme un rompeolas que retardase en lo posible la inevitable creciente del olvido.... Tan solamente he contestado á la crítica tres veces, por la categoria de sus representantes, y porque mi natural orgullo juvenil, ¡entonces! recibiera también flores de los sagitarios. Por lo demás, ellos se llamaban

Max Nordau, Paul Groussac, Leopoldo Alas.

No creo preciso poner cátedra de teorías de aristos. Aristos, para mí, en este caso, significa, sobre todo, independientes. No hay mayor excelencia. Por lo que á mí toca, si hay quien me dice, con aire alemán y con lenguaje un poco bíblico: «Mi verdad es la verdad,» le contesto: «Buen provecho. Déjeme usted con la mia, que así me place, en una deliciosa interinidad.»

IV

Deseo también enmendar algún punto en que han errado mis defensores, que buenos los he tenido, en España. Los maestros de la generación pasada nunca fueron sino benévolos y generosos conmigo. Los que en estos asuntos se interesan, no ignoran que Valera, en estas mismas columnas, fué quien dió á conocer, con un gentil entusiasmo muy superior á su ironía, la pequeña obra primera que inició allá en América, la manera de pensar y de escribir que hoy suscita, aquí y allá, ya inefables, ya truculentas controversias. Campoamor fué para mí lo que testigos eminentes —entre ellos José Verdes Montenegro— pudieran certificar. Castelar me dió pruebas de intelectual estímulo. Núñez de Arce, cuando estuve en Madrid por la primera vez, como delegado de mi país natal á las fiestas colombinas, fué tan entusiasta conmigo, que hizo todo lo posible porque me quedara en la corte. Habló al respecto con Cánovas del Castillo —otro ilustre y bondadoso amigo mío,— y Cánovas escribió al marqués de Comillas solicitando para mí un puesto en la Trasatlántica. Entretanto yo partí. No sin que antes en las tertulias de Valera se aplaudiesen y se criticasen algunos de los que llamaban mis atrevimientos líricos, que eran entonces, lo confieso, muy inocentes, y apenas de un

modesto parnasianismo: «Elogio de la seguidilla,» un «Pórtico» para el libro en «En Tropel,» de Salvador Rueda.— Mis versos fueron bien recibidos la primera vez que hablara ante un público español —fué en una velada en que tomaba parte D. José Canalejas.— Rueda me alababa, no tanto como yo á él. Mas amigos literarios, además de los que he nombrado, se llamaban entonces Manuel del Palacio, Narciso Campillo, el duque de Almenara, el conde de las Navas, D. Luis Vidart, D. Miguel de los Santos Alvarez. Me apresuro á decir que yo tenía la grata edad de veinticinco años.

Estos cortos puntos de autobiografía literaria son para hacer notar que se equivocan los que afirman que yo he sido bien acogido por los dirigentes anteriores. En esos mismos tiempos mi ilustre amiga Doña Emilia Pardo Bazán se dió la voluptuosidad de hacerme recitar versos en su salón, en compañía del autor de «Pedro Abelardo» Y mis aficiones clásicas encontraban un consuelo con la amistosa conversación de cierto joven maestro que vivía, como yo, en el hotel de las Cuatro Naciones. Se llamaba, y se llama hoy en plena gloria, Marcelino Menéndez y Pelayo. El fué, quien oyendo una vez á un irritado censor atacar mis versos del «Pór-

tico» á Rueda, como peligrosa novedad,

. . . .y esto pasó en el reinado de Hugo, emperador de la barba florida,

dijo: «¡Bonita novedad! Esos son sencillamente los viejos endecasílabos de gaita gallega:

Tanto bailé con el ama del cura,
Tanto bailé que me dió calentura.

Y yo aprobé. Porque siempre apruebo lo correcto, lo justo y lo bien intencionado. Yo no creía haber inventado nada. . . . Se me había ocurrido la cosa como á Valmajour el tamborilero de Provenza. . . . O había «pensado musicalmente,» según el decir de Carlyle, esa mala compañía.

Desde entonces hasta hoy, jamás me he propuesto ni asombrar al burgués, ni martirizar mi pensamiento en potros de palabras.

No gusto de «moldes,» nuevos ni viejos. . . Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y su alma, y no le he aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos; y he querido ir hacia el porvenir, siempre bajo el divino imperio de la música, —música de las ideas, música del verbo.

RUBÉN DARÍO.

Mallorca.

(De «El Imparcial,» de Madrid).





SCHUMANN

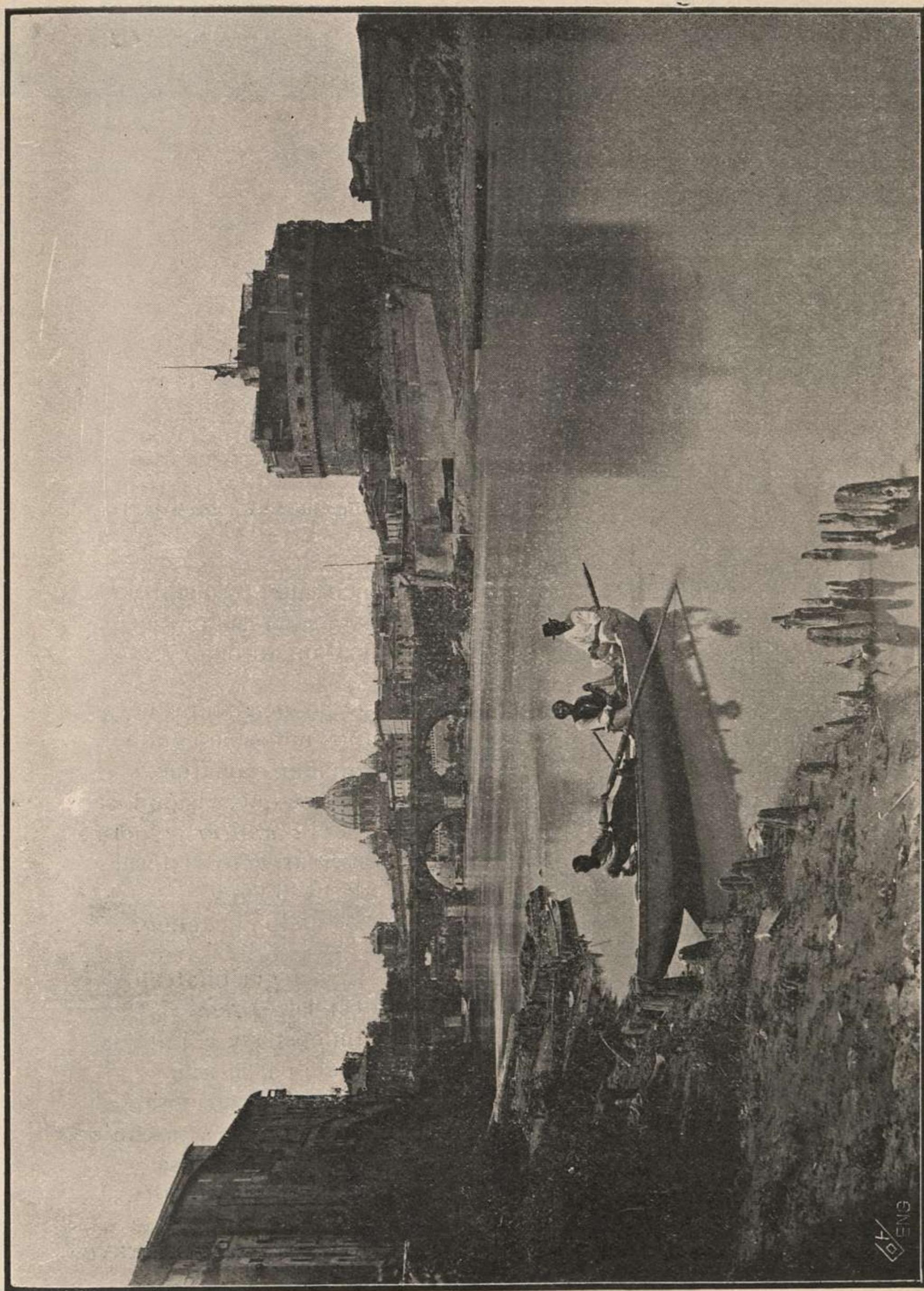
En la tarde purpúrea, fugazmente, en la barca,
se levanta un murmurio trémulo y susurrante,
y un estudio sinfónico se despierta exultante
y mi espíritu vibra y mi dorso se enarca.

Es la canción de Circe que mi infortunio abarca
y que rinde á su hechizo mi libertad errante,
entretanto que Schumann, humano y sollozante,
arrastra mis dolores á flor del agua zarca.

Es la canción, sirena, con que me encadenaste,
es la canción tremenda que jamás alma humana
hizo con más bravura en un tono menor;

es la canción piadosa en que te transformaste
para mi sed de amor, en la Samaritana,
y de beber me diste el arte y el amor!

RUBÉN M. CAMPOS.



Castillo de San Ángel. Roma.



Amado Nervo.

VISION

(Del próximo libro "En voz baja.")

Melancólicamente,
al tornar el rebaño,
en la tarde tranquila,
dilata en el ambiente,
sobre el paisaje hurano,
con un intermitente
sonido que hace daño,
su retintín la esquila.

Dirígense al paseo
los ciegos del hospicio,
seguidos de un hermano
que con leve siseo
va rezando el Oficio,
mientras el parloteo
de la turba sin juicio
despierta el eco vano.

El ala pasajera
de nubecilla errante,
proyecta sombra móvil
sobre la carretera,

por donde, resonante,
aparece en carrera
febril un automóvil.

Desconcierto provoca
en los niños, su agudo
rezumbar repentino,
mientras que, visión loca,
pasa el *chauffeur* peludo,
con su aspecto de foca
ó de buzo lanudo,
devorando el camino.

Los ciegos olfatean
la estela *capitosa*
del monstruo; la pupila
dilatan; parpadean
con rapidez nerviosa,
y, al fin, quietos pasean
su noche misteriosa
por la tarde tranquila.

AMADO NERVO.



LA EMOCION DE LAS FLORES

De H. Cazalis.

En las noches de estío las flores tiemblan como seres
Sensitivos, y sueñan con abandono de mujeres.
Sufren como las almas que han inquietado los deseos
Y evocan holocaustos, los misteriosos himeneos
Donde van á morir. Las flores tienen el encanto
De las bellas pupilas enternecidas por el llanto.
Cual senos femeniles en los crespones del corpiño,
Laten las blancas rosas con la blancura de su armiño;
La noche es entreabierto corpiño lleno de esplendores
Y de sombras en donde sueñan palpitantes las flores.
Y cuando algún insomne ruiseñor en la noche bruna
Canta y muere por ellas bajo el hechizo de la luna,
Es que ha visto sus senos de perfumados alabastros
Locamente ofrecerse á las caricias de los astros.

RAFAEL LÓPEZ.



SUB-SOLE

Sentada en la mullida arena, y mientras el pequeño acallaba el hambre chupando ávido el robusto seno, Cipriana, con los ojos húmedos y brillantes por la excitación de la marcha, abarcó de una ojeada la líquida llanura del mar.

Por algunos instantes olvidó la penosa travesía de los arenales ante el mágico panorama que se desenvolvía ante su vista. Las aguas, en las que se reflejaba la celeste bóveda, eran de un azul profundo. La tranquilidad del aire y la quietud de la bajamar, daban al océano la apariencia de un vasto estanque diáfano é inmóvil. Ni una ola, ni una arruga sobre su terso cristal. Allá en el fondo, en la línea del horizonte, el velamen de un barco interrumpía apenas la soledad augusta de las calladas ondas.

Cipriana, tras un breve descanso, se puso de pie. Aún tenía que recorrer un largo trecho para llegar al sitio donde se dirigía. A su derecha, un elevado promontorio, que se internaba en el mar, mostraba sus escarpadas laderas desnudas de vegetación y, á su izquierda, una dilatada pla-

ya de fina y blanca arena, se extendía hasta un oscuro cordón de cerros que se alzaban hacia el Oriente. La joven, pendiente de la diestra el cesto de mimbres, y cobijando al niño que dormía, bajo los pliegues de su rebozo de lana, cuyos chillones matices escarlata y verde resaltaban intensamente en el gris monótono de las dunas, bajó con lentitud por la arenosa falda y echó á andar á lo largo de la playa. El descenso del agua había dejado al descubierto la ancha faja de un terreno firme, ligeramente humedecido, en el que los pies de la mariscadora dejaban apenas una leve huella. Ni un sér humano se distinguía en cuanto alcanzaba la mirada. Mientras algunas gaviotas revoloteaban en la blanca cinta de espuma producida por la tenue resaca, enormes alcatraces, con las alas abiertas é inmóviles, resbalaban, unos tras otros, como cometas suspendidas por un hilo invisible sobre las dormidas aguas, sus siluetas fantásticas alargábanse desmesuradamente por encima de las dunas y, en seguida, doblando el promontorio, iban á perderse en alta mar.

Después de media hora de marcha, la mariscadora se encontró delante de gruesos bloques de piedra que le cerraban el paso. En ese sitio, la playa se estrechaba y concluía por desaparecer bajo grandes planchones de rocas basálticas, cortadas por profundas grietas. Cipriana salvó ágilmente el obstáculo, torció hacia la izquierda y se halló de improviso en una diminuta caleta abierta entre los altos paredones de una profunda quebrada.

La playa reaparecía allí otra vez, pero muy corta y angosta. La arena de oro pálido se extendía como un tapiz finísimo en derredor del sombrío semicírculo que limitaba la ensenada.

La primera diligencia de la madre, fué buscar un sitio al abrigo de los rayos del sol donde colocar la criatura, lo que encontró bien pronto en la sombra que proyectaba un enorme peñasco, cuyos flancos, húmedos aún, conservaban la huella indeleble del zarpazo de las olas.

Elegido el punto que le pareció más seco y distante de la orilla del agua, desprendió de sus hombros el amplio rebozo y arregló con él un blando lecho al dormido pequeñuelo, acostándolo en aquel nido improvisado con amorosa solicitud para no despertarle.

Muy desarrollado para sus diez meses, el niño era blanco y rollizo, con grandes ojos velados en ese instante por sus párpados de rosa finos y transparentes.

La madre permaneció algunos minutos como en éxtasis, devorando con la mirada aquel bello y gracioso semblante. Morena, de regular estatura, de negra y abundosa cabellera, la joven no tenía nada de hermoso. Sus facciones toscas, de líneas vulgares, carecían de atractivos. La boca grande, de labios gruesos, poseía una dentadura de campesina blanca y recia, y los ojos pardos, un tanto hundidos, eran pequeños, sin expresión. Pero cuando aquel

rostro se volvía hacia la criatura, las líneas se suavizaban, las pupilas adquirían un brillo de intensidad apasionada y el conjunto resultaba agradable, dulce y simpático.

El sol, muy alto sobre el horizonte, inundaba de luz aquel oculto rincón de una belleza incomparable. Los flancos de la cortadura desaparecían bajo la enmarañada red de arbustos y plantas trepadoras. Dominando el leve zumbido de los insectos y el blando arrullo del oleaje entre las piedras, resonaba á intervalos en la espesura el melancólico grito del pitío.

La calma del océano, la inmovilidad del aire y la serena placidez del cielo, tenían algo de la dulzura que se retrataba en la faz del pequeño y resplandecía en las pupilas de la madre, subyugada á pesar suyo, por la magia irresistible de aquel cuadro.

Vuelta hacia la ribera, examinaba la pequeña playa, delante de la cual se extendía una vasta plataforma de piedras que se internaba una cincuentena de metros dentro del mar. La superficie de la roca era lisa y bruñida, y cortada por innumerables grietas tapizadas de musgos y diversas especies de plantas marinas.

Cipriana se descalzó los gruesos zapatos, suspendió en torno de la cintura la falda de percal descolorido, y cogiendo la cesta, atravesó la enjuta playa y avanzó por encima de las peñas húmedas y resbaladizas, inclinándose á cada instante para examinar las hendiduras que encontraba al paso. Toda clase de mariscos llenaban esos agujeros. La joven, con ayuda de un pequeño gancho de hierro, desprendía de la piedra los moluscos y los arrojaba en su canasto. De cuando en cuando, interrumpía la tarea y echaba una rápida mirada á la criatura que continuaba durmiendo sosegadamente.

El océano asemejábase á una vasta laguna de turquesa líquida. Aunque hacía ya tiempo que la hora de la bajamar

había pasado, la marea subía con tanta lentitud, que sólo un ojo ejercitado podía percibir cómo la parte visible de la roca disminuía insensiblemente. Las aguas se escurrian cada vez con más fuerza y en mayor volumen, á lo largo de las cortaduras.

La mariscadora continuaba su faena sin apresurarse. El sitio le era familiar y, dada la hora, tenía tiempo de sobra para abandonar la plataforma antes que desapareciera bajo las olas.

El canasto se llenaba con rapidez. Entre las hojas transparentes del luche, destacábanse los tonos grises de los caracoles, el blanco mate de las tacas y el verde viscoso de los chapes. Cipriana, con el cuerpo inclinado, la cesta en una mano y el gancho en la otra, iba y venía con absoluta seguridad en aquel suelo escurridizo. El apretado corpiño dejaba ver el nacimiento del cuello redondo y moreno de la mariscadora, cuyos ojos escudriñaban con vivacidad las rendijas, descubriendo el marisco y arrancándolo de la áspera superficie de la piedra. De vez en cuando se enderezaba para recoger sobre la nuca las negrísimas crenchas de sus cabellos. Y su talle vasto y desgarbado de campesina, destacábase entonces sobre las amplias caderas con líneas vigorosas, no exentas de gallardía y esbeltez. El cálido beso del sol coloreaba sus gruesas mejillas, y el aire oxigenado que aspiraba á plenos pulmones, hacía bullir en las venas su sangre joven de moza robusta en la primavera de la vida.

El tiempo pasaba, la marea subía lentamente, invadiendo poco á poco las partes bajas de la plataforma, cuando de pronto, Cipriana, que iba de un lado para otro, afanosa en su tarea, se detuvo y miró con atención dentro de una hendidura. Luego se enderezó y dió un paso hacia adelante; pero casi inmediatamente giró sobre sí mis-

ma y volvió á detenerse en el mismo sitio. Lo que cautivaba su atención, obligándola á volver atrás, era la concha de un caracol que yacía en el fondo de una pequeña abertura. Aunque diminuto, de forma extraña y rarísima, parecía más grande visto á través del agua cristalina.

Cipriana se puso de rodillas é introdujo la diestra en el hueco, pero sin éxito, pues la rendija era demasiado estrecha y apenas tocó con la punta de los dedos el nacarado objeto. Aquel contacto no hizo sino avivar su deseo. Retiró la mano y tuvo otro segundo de vacilación, mas el recuerdo de su hijo le sugirió el pensamiento de que sería aquello un lindo juguete para el chico y no le costaría nada.

Y el tinte rosa pálido del caracol, con sus tonos irisados tan hermosos, destacábase tan suavemente en aquel estuche de verde y aterciopelado musgo, que, haciendo una nueva tentativa, salvó el obstáculo y cogió la preciosa concha. Trató de retirar la mano y no pudo conseguirlo. En balde hizo vigorosos esfuerzos para zafarse. Todos resultaban inútiles; estaba cogida en una trampa. La conformación de la grieta y lo viscoso de sus bordes, habían permitido con dificultad el deslizamiento del puño á través de la estrecha garganta que, ciñéndole ahora la muñeca como un brazalete, impedía el paso á la mano endurecida por el trabajo.

En un principio, Cipriana sólo experimentó una leve contrariedad que se fué transformando en una cólera sorda, á medida que trascurría el tiempo en infructuosos esfuerzos. Luego una angustia vaga, una inquietud creciente fué apoderándose de su ánimo. El corazón precipitó sus latidos y un sudor helado le enmudeció las sienes. De pronto la sangre se paralizó en sus venas, las pupilas se agrandaron y un temblor nervioso sacudió sus miembros. Con ojos y rostro desencajados por el es-

panto, había visto delante de ella una línea blanca, movable, que avanzó un corto trecho sobre la playa y retrocedió luego con rapidez: era la espuma de una ola. Y la aterradora imagen de su hijo arrastrado y envuelto en el flujo de la marea, se presentó clara y nítida á su imaginación. Lanzó un penetrante alarido, que devolvieron los ecos de la quebrada, resbaló sobre las aguas y se desvaneció mar adentro en la líquida inmensidad.

Arrodillada sobre la piedra, se debatió algunos minutos furiosamente. Bajo la tensión de sus músculos, sus articulaciones crujían y se dislocaban, sembrando con sus gritos el espanto en la población alada que buscaba su alimento en las proximidades de la caleta: gaviotas, cuervos, golondrinas de mar alzaron el vuelo y se alejaron presurosos bajo el radiante resplandor del sol.

El aspecto de la mujer era terrible: las ropas empapadas en sudor se habían pegado á la piel; la destrenzada cabellera le ocultaba en partes el rostro atrozmente desfigurado; las mejillas se habían hundido y los ojos despedían un fulgor extraordinario. Había cesado de gritar y miraba con fijeza el pequeño envoltorio que yacía en la playa, tratando de calcular lo que las olas tardarían en llegar hasta él. Esto no se haría esperar mucho, pues la marea precipitaba ya su marcha ascendente y muy pronto la plataforma sobresalió apenas unos centímetros sobre las aguas.

El océano, hasta entonces tranquilo, empezaba á hinchar su torso y espasmódicas sacudidas estremecían sus espaldas relucientes. Curvas ligeras, leves ondulaciones interrumpían por todas partes la azul y tersa superficie. Un oleaje suave con acariciador y rítmico susurro comenzó á azotar los flancos de la roca y á depositar en la arena albos copos de espuma que, bajo los ardientes rayos del sol, tomaban los to-

nos y cambiantes del nácar y del arco iris.

En la escondida ensenada flotaba un ambiente de paz y serenidad absolutas. El aire tibio, impregnado de las acres emanaciones salinas, dejaba percibir á través de la quietud de sus ondas el leve chasquido del agua entre las rocas, el zumbido de los insectos y el grito lejano de los halcones de mar.

La joven, quebrantada por los terribles esfuerzos hechos para libertarse, giró en torno sus miradas imploradoras y no encontró ni en la tierra ni en las aguas un sér viviente que pudiera prestarle auxilio. En vano clamó á los suyos, á la autora de sus días, al padre de su hijo, que allá detrás de las dunas aguardaban su regreso en el rancho humilde y miserable. Ninguna voz contestó á la suya, y entonces dirigió su vista hacia lo alto, y el amor maternal arrancó de su alma inculta y ruda, torturada por la angustia, frases y plegarias de elocuencia desgarradora.

—¡Dios mío, apiádate de mi hijo; sálvalo; socórrelo. ¡Perdón para mi hijito, Señor! ¡Virgen Santa, defiéndelo! Toma mi vida; no se la quites á él! ¡Madre mía, permite que saque la mano para ponerlo más allá! ¡Un momento, un ratito no más! ¡Te juro volver otra vez aquí! ¡Dejaré que las aguas me traguen; que mi cuerpo se haga pedazos en estas piedras; no me moveré y moriré bendiciéndote! ¡Virgen Santa, ataja la mar; sujeta las olas; no consientas que muera desesperada! ¡Misericordia, Señor! ¡Piedad, Dios mío! ¡Oyeme, Virgen Santísima! ¡Escúchame, Madre mía!

Arriba, la celeste pupila continuaba inmóvil, sin una sombra, sin una contracción, diáfana é insondable, como el espacio infinito.

La primera ola que invadió la plataforma, arrancó á la madre un último grito de

loca desesperación. Después, sólo brotaron de su garganta sonidos roncós, apagados como estertores de moribundos.

La frialdad del agua devolvió á Cipriana sus energías, y la lucha para zafarse de la grieta comenzó otra vez más furiosa y desesperada que antes. Sus violentas sacudidas y el roce de la carne contra la piedra, habían hinchado los músculos, y la argolla de granito que la aprisionaba apareció estrellarse en torno de la muñeca.

La masa líquida, subiendo incesantemente, concluyó por cubrir la plataforma. Sólo la parte superior del busto de la mujer arrodillada sobresalió por encima del agua. A partir de ese instante, los progresos de la marea fueron tan rápidos, que muy pronto el oleaje alcanzó muy cerca del sitio en que yacía la criatura. Transcurrieron aún algunos minutos y el momento inevitable llegó. Una ola, alargando su elástica zarpa, rebalsó el punto donde dormía el pequeñuelo, quien, al sentir el frío contacto de aquel baño brusco, despertó, se retorció como un gusano, y lanzó un penetrante chillido.

Para que nada faltase á su martirio, la joven no perdía un detalle de la escena; al sentir aquel grito que desgarró las fibras más hondas de sus entrañas, una ráfaga de locura fulguró en sus extraviadas pupilas, y así como la alimaña cogida en el lazo corta con los dientes el miembro prisionero, con la hambrienta boca, presta á morder, se inclinó sobre la piedra; pero aun ese recurso le estaba vedado; el agua que la cubría hasta el pecho obligábala á mantener la cabeza en alto.

En la playa, las olas iban y venían alegres, retozonas, envolviendo en sus pliegues juguetonamente al rapazuelo. Habíanle despojado de los burdos pañales, y el cuerpecillo regordete, sin más traje que la blanca camisilla, rodaba entre la espuma, agitando desesperadamente las pier-

nas y brazos diminutos. Su tersa y delicada piel, herida por los rayos del sol, relucía, abrigada por el choque del agua y el roce áspero é interminable sobre la arena.

Cipriana, con el cuello estirado, los ojos fuera de las órbitas, miraba aquello estremecida por una suprema convulsión. Y en el paroxismo del dolor, su razón estalló de pronto. Todo desapareció ante su vista. La luz de su espíritu, azotada por una racha formidable, se extinguió, y mientras, la energía y el vigor, aniquilados en un instante, cesaban de sostener el cuerpo en aquella forzada postura, la cabeza se hundió en el agua, un leve remolino agitó las ondas y algunas burbujas aparecieron en la superficie tranquila de la pleamar.

Juguete de las olas, el niño lanzaba en la ribera vajidos cada vez más tardos y más débiles, que el océano, como una nodriza cariñosa, se esforzaba en acallar redoblando sus abrazos, modulando sus más dulces canciones, poniéndolo ya boca abajo ó boca arriba, y trasladándolo de un lado para otro, siempre solícito é infatigable.

Por último, los lloros cesaron: el pequeño había vuelto á dormirse, y aunque su carita estaba amoratada, los ojos y la boca llenos de arena, su sueño era apacible; pero tan profundo que, cuando la marejada lo arrastró mar adentro y lo depositó en el fondo, no se despertó ya más.

Y mientras el cielo azul extendía su cóncavo dosel sobre la tierra y sobre las aguas, tálamos donde la muerte y la vida se enlazan perpetuamente, el infinito dolor de la madre que, dividido entre las almas, hubiera puesto taciturnos á todos los hombres, no empañó con la más leve sombra la divina armonía de aquel cuadro palpitante de vida, de dulzura, paz y amor.

BALDOMERO LILLO,



“EL NUEVO MERCURIO”

El interesantísimo sumario de *El Nuevo Mercurio*, correspondiente al núm. 4, se compone de lo siguiente:

Paul Adam.—«Mis sensaciones de España.»

Amicus.—«Berthelot en la intimidad.»

Valery Larbaud.—«La influencia francesa en las literaturas de lengua castellana.»

Rubén Darío.—«Mis Pinos de Palma.»

N. N. N.—«El Modernismo.»

Ernest Lajeunesse.—«La señora ha muerto.»

Henri Turot.—«La Argentina juzgada por un francés.»

Enrique Diez-Canedo.—«Poesías.»

Claude Farrere.—«El hombre que asesinó.»

Manuel Machado.—«Poesías.»

E. Gómez Carrillo.—«El sentimiento poético japonés.»

José E. Lora.—«Literatura Hispano-Americana.»

X.—«Variedades y Revista de Revistas y de Periódicos.»



“POESIAS” DE D. MIGUEL DE UNAMUNO

En prensa ya los últimos pliegos de este número, hemos recibido un libro de versos, «Poesías» del eminente crítico D. Miguel de Unamuno. Nos limitamos, pues, á anunciar su aparición, á reserva de estudiarlo para comentarlo detalladamen-

te, como merece la célebre pluma que lo ha escrito.

«La Revista Moderna» da las gracias á D. Miguel de Unamuno por el envío de «Poesías.»

LAS SEÑORAS

DOÑA AGUSTINA CASTELLÓ, VDA. DE ROMERO RUBIO,
Y DOÑA MATILDE DE LA GARZA DE MARGAÍN.

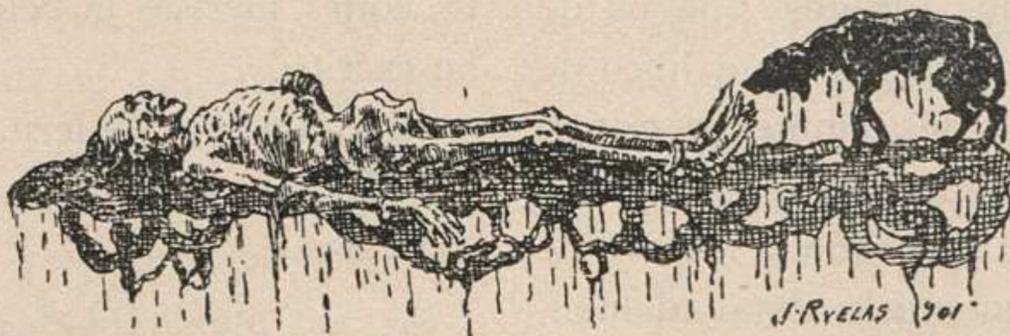
Muy sentidos han sido los fallecimientos de estas ilustres damas de nuestra sociedad. Su caridad y amplias virtudes, las hicieron bien conocidas entre nuestros contemporáneos, y ambas pérdidas han sido comentadas, tanto más, cuanto meritorias eran las obras en que se veía el nombre de las distinguidas desaparecidas.

R. I. P.

ERECCION DE UNA ESTATUA AL "DUQUE JOB"

Lista de la subscripción abierta por la "Revista Moderna de México," hasta el día
31 de Mayo de 1907.

Suma anterior . . . \$	3,369	77
Lic. J. López Portillo y Rojas.	25	00
	<hr/>	
Total . . . \$	3,394	77



exigió aprestos considerables de armas y ordenó la construcción de doce galeras, aunque no se necesitaban por el momento; quiso que todo se anotara y se detallara. Se hacía transportar al arsenal, al faro, al tesoro de los templos; constantemente se veía su gran litera, que oscilando de grada en grada, subía la escalinata del Acrópolis; por la noche, en su palacio, como no podía dormir, ordenaba con voz terrible maniobras militares, para prepararse al combate.

Por exceso de terror, todos resultaban valientes; desde que cantaban los gallos, se alineaban los ricos á lo largo de los Mappales y arremangando sus túnicas se adiestraban en el manejo de la pica, pero como no tenían quien les instruyera, disputaban; sentábanse sobre las tumbas cuando se cansaban y luego volvían á empezar. Muchos se sometieron á un régimen determinado; algunos, creyendo que para resistir las fatigas de la guerra era preciso comer mucho, se hartaban brutalmente; otros, molestados por su corpulencia, se imponían abstinencias y ayunos.

Utica había reclamado ya varias veces el auxilio de Cartago, pero Hannon no quiso marchar hasta que no faltó ni un clavo á las máquinas de guerra; perdió todavía tres lunas, equipando los ciento doce elefantes que había en los establos de las murallas; eran los vencedores de Régulo; el pueblo los quería; debía tratarse con esmero á aquellos antiguos amigos.

Hannon hizo refundir las planchas de cobre que cubrían el pecho de estos elefantes, dorar sus colmillos, ensanchar sus torres y cortar las piezas de la mejor púrpura, gualdrapas bordadas con franjas preciosas; y como se acostumbraba llamar á sus conductores «los indios,» ordenó que se les vistiera según la usanza india, es decir, con un turbante blanco y unos calzoncillos de bysso que formaban con sus pliegues transversales á modo de las valvas de una concha sobre las caderas.

El ejército de Autharito continuaba frente á Túnez, ocultándose tras la muralla construida con barro del lago, erizada de malezas espinosas; los negros habían puesto sobre altos palos, monigotes, máscaras humanas hechas con plumas de pájaros, cabezas de chacales y serpientes que abrían las fauces de cara al enemigo; por tal medio, y creyéndose invencibles, los bárbaros bailaban, luchaban y jugaban, convencidos de que Cartago sucumbiría muy pronto. Otro que no fuese Hannon, hubiera aplastado fácilmente aquella muchedumbre, embarazada en sus maniobras por grandes rebaños y buen número de mujeres. Autharito, desanimado, nada exigía de sus subordinados, que se apartaban cuando pasaba centelleando sus grandes ojos azules; luego, á la orilla del lago, se quitaba su sayo de piel foca, desataba la cuerda que sujetaba sus largos cabellos rojos y los sumergía en el agua; sentía no haber desertado al campo romano con los dos mil galos del templo de Eryx.

A veces, en mitad del día, obscureciase el sol; entonces, el golfo y el mar libre parecían inmóviles, como si fueran de plomo fundido; una nube de polvo obscuro llegaba arremolinándose, oíase chocar las piedrezuelas contra la grupa de los animales, y el Galo, con los labios pegados á los agujeros de su tienda, se ahogaba de sofocación y melancolía.

Otros, además de él, sentían la nostalgia de la patria, aunque no fuera tan lejana; los cartagineses cautivos podían distinguir al otro lado del Golfo, en las pendientes de Byrsa, los velorios de sus casas tendidos en los patios.

Pero los centinelas les vigilaban de continuo; se les había atado á todos á una cadena común, llevaban un yugo de hierro y la multitud no se cansaba de mirarles; las mujeres enseñaban á sus hijos sus preciosas túnicas desgarradas, colgantes de sus miembros demarcados.

Siempre que Autharito miraba á Giscón, sentía un tremendo furor al recordar su injuria; le hubiera matado sin el juramento que hizo á Narr'Havas; pero volvía á su tienda,

donde bebía una mezcla de cebada y comino hasta emborracharse, despertando devorado por una sed horrible.

Entretanto, Matho sitiaba á Hippo Zaryta. La ciudad estaba protegida por un lago que comunicaba con el mar; tenía tres recintos y sobre las alturas que la rodeaban, una muralla flanqueada de torres. Nunca había acometido el libio empresas tales; el recuerdo de Salammbó le obsesionaba y soñaba en los placeres que debía proporcionar su belleza, como las delicias de una venganza que le transportaba de orgullo. Varias veces pensó en ofrecerse como parlamentario, esperando que si entraba en Cartago, podría llegar hasta ella. A veces daba la señal del asalto y se lanzaba como un loco contra una obra de defensa de los sitiadores; detrás iban los bárbaros destruyendo cuanto encontraban, derribando con espadas y hachas los obstáculos; las escalas caían con estrépito; resonaban los gritos de angustia de los heridos y todo volvía á quedar en silencio.

Matho se sentaba fuera de las líneas de las tiendas, y enjugándose con las manos el rostro salpicado de sangre, miraba hacia Cartago.

Delante de él, entre olivos, palmeras, mirtos y plátanos, había dos anchos estanques que se juntaban á un lago, cuyos contornos apenas se veían; detrás de una montaña surgían otras y en el centro del inmenso lago, elevábase una isla negra de forma piramidal; á la izquierda, al extremo del golfo, montones de arena, enormes, densos, semejaban amarillentas olas petrificadas de repente, mientras el mar, plano como un pavimento de lapiz-lázuli, elevábase insensiblemente hasta confundirse con las nubes.

Matho lanzaba hondos suspiros; se tendía de bruces en la arena y hundiendo en ella las manos, lloraba. Sentíase solitario, débil, abandonado. Jamás obtendría lo que anhelaba y ni siquiera podía apoderarse de una ciudad.

Por la noche, en su tienda, contemplaba el zaimph. ¿Para qué le servía ese atributo de los dioses? Y de nuevo dudaba, pero luego pensaba que aquel manto pertenecía á Salammbó y que un soplo de su alma flotaba entre sus pliegues y entonces le palpaba, lo olía, hundía en él su rostro y lo besaba sollozando.

Se cubría los hombros con él, para formarse la ilusión de que estaba junto á la virgen.

A veces se escapaba de repente; saltaba sobre los soldados que dormían envueltos en sus mantas; montaba á caballo, galopaba sin descanso y dos horas después estaba en Utica, al lado de Spendio.

Al principio se ocupaba del sitio; pero después, para mitigar su dolor, sólo hablaba de Salammbó, su pensamiento constante, y Spendio le exhortaba á tener paciencia.

—Rechaza esas ideas que degradan tu alma. Antes obedecías; hoy mandas. Si no conquistamos á Cartago, cuando menos se nos concederá algunas provincias y seremos reyes.

Pero ¿por qué la posesión del zaimph no les aseguraba la victoria? Según Spendio, era preciso esperar.

Matho imaginaba que el zaimph sólo tenía virtudes para los hombres de raza cananea, y con su malicia de bárbaro, pensaba: «El velo no hará nada en mi favor; pero como se lo han dejado arrebatarse, tampoco les favorecerá á ellos.»

Después nuevas dudas le asaltaron: temía que sacrificando á Aptonknos, dios de los libios, se ofendiera Moloch; en consecuencia, preguntó á Spendio á cuál de los dos sería más prudente sacrificar un hombre.

—Es igual—replicó Spendio.—

El libio no comprendió tal indiferencia, é imaginó que el griego tenía un genio cuyo nombre no quería revelar.

Todos los cultos, como todas las razas, alentaban en la fila de los bárbaros; además de tener á los suyos, respetaban los ajenos; algunos mezclaban extrañas prácticas á sus ritos nacionales; otros, á fuerza de saquear templos y derribar ídolos y degollar á sus sacerdo-

tes, acababan por no creer sino en el Destino y en la Muerte. Spendio hubiese escupido á Júpiter Olímpico, y sin embargo, temía hablar en voz alta, á obscuras, y todos los días se calzaba primero el pie derecho.

Hacia levantar enfrente de Utica una ancha terraza cuadrangular; pero á medida que subía, elevábanse las murallas también, y lo que derribaban unos, luego lo separaban los demás. Spendio procuraba ahorrar las vidas de sus soldados y procuraba recordar la estratagema que oyó contar en sus viajes. ¿Por qué no volvía Narr'Havas? Aumentaba la inquietud.

Hannon había terminado sus preparativos; una noche sin luna hizo atravesar en almadía el golfo de Cartago á sus elefantes y soldados. Dieron la vuelta á la montaña de las Aguas Ardientes para evitar á Autharito y avanzaron con tal lentitud, que en vez de sorprender á los bárbaros al amanecer, como calculaba el Suffeta, no llegaron hasta la tarde del tercer día.

Utica tenía por el lado de oriente una gran llanura que llegaba hasta la laguna de Cartago; después desarrollábase un valle aprisionado entre dos bajas colinas aisladas. Los bárbaros estaban acampados más lejos, á la izquierda, para poder bloquear el puerto; dormían en sus tiendas, cuando apareció el ejército cartaginés.

Los honderos iban en las alas. Los guardias de la Legión, forrados en sus armaduras de escamas de oro, formaban la primera línea; montados en sus grandes caballos, sin orejas ni crines, llevaban en medio de la frente un cuerno de plata para semejarse á los rinocerontes. En los huecos que dejaban los escuadrones, iban infantes con casco, balanceando en cada mano una jabalina de fresno; las largas lanzas de la infantería pesada, asomaban detrás de ellos.

Todos aquellos mercaderes habían acumulado sobre sí el mayor número posible de armas; algunos llevaban á la vez una lanza, un hacha, una maza y dos espadas; otros, parecidos á puerco-espines, se veían erizados de dardos y sus brazos se apartaban de las corazas formadas de placas de cuerno y de planchas de hierro. Luego aparecieron las grandes máquinas de guerra; carroballistas, onagros, catapultas y escorpiones, oscilaban sobre carromatos tirados por mulas y cuadrigas de bueyes. A medida que se desplegaba el ejército, los capitanes sofocados corrían á derecha é izquierda para comunicar órdenes, estrechar filas y hacer que cada cual ocupara su puesto. Los jefes de los Antiguos llevaban cascos de púrpura, cuyas franjas magníficas y larguísimas se enredaban en las correas de los coturnos.

Los cartagineses maniobraban tan pesadamente, que los soldados, riendo, les invitaron á sentarse; y les gritaban que en seguida les vaciarían los vientres y les harían beber hierro.

En lo alto del mástil plantado ante la tienda de Spendio, apareció un pedazo de tela roja. Era la señal. El ejército cartaginés contestó con gran ruido de trompetería, de címbalos, de flautas hechas con huesos de onagro y de tímpanos. Ya los bárbaros habían saltado fuera de las empalizadas y los dos ejércitos estuvieron á tiro de jabalina frente á frente.

Un hondero balear adelantó un paso, puso una bala de arcilla en la honda y disparó, haciendo estallar un escudo de marfil y los dos ejércitos se precipitaron uno sobre otro.

Los griegos, pinchando á los caballos en las narices con la punta de sus lanzas, los derribaron sobre sus jinetes; los esclavos que tenían que lanzar piedras, las tomaron demasiado gruesas y no podían arrojarlas lejos; los infantes púnicos, al herir de tajo con sus largas espadas, descubrían el flanco derecho. Los bárbaros hundieron sus líneas y les degollaban fácilmente, tropezando con los moribundos y los cadáveres, cegados por la sangre que les saltaba al rostro. Aquel montón de picas, de cascos, de corazas, de espadas y miembros confundidos, se revolvía, se ensanchaba, se estrechaba en elásticas contrac-



ciones. Las cohortes cartaginesas cedieron más y más; sus máquinas de guerra no podían adelantar en la arena, y la litera del Suffeta, que se veía desde el principio balancear por sobre los hombros de los soldados como una barca sobre las olas, zozobró de pronto. ¿Había muerto? Los bárbaros quedaron solos.

Desvaneciase la polvareda á su alrededor y empezaban á cantar victoria, cuando Hannon apareció montado en un elefante; llevaba la cabeza desnuda y su collar de placas azules chocaba contra su túnica negra; aros de diamantes comprimían sus enormes brazos y abriendo la boca, blandía una pica desmesurada que terminaba en varias puntas más brillantes que un espejo. Retembló el suelo y los bárbaros vieron avanzar en una sola línea todos los elefantes de Cartago, con los colmillos dorados, las orejas pintadas de azul, cu-

biertos de bronce y balanceando sobre sus formidables torres de cuero tres arqueros con el arco tendido. Apenas si los soldados pudieron defenderse; considerando segura la victoria, se habían desbandado y se alinearon como pudieron; pero el terror paralizó su empuje y permanecieron indecisos.

Desde lo alto de las torres les echaban jabalinas, flechas, faláricas, masas de plomo; algunos, queriendo subir á las torres, se agarraban á las franjas de los gualdrapas, pero les cortaban las manos con largos cuchillos y caían hacia atrás sobre las espaldas en alto. Las picas, demasiado débiles, se rompían. Los elefantes pasaban á través de las falanges como los jabalíes por el monte bajo; arrancaban las estacas del campamento con sus trompas y atravesaron éste de un extremo á otro, derribando las tiendas con el pecho; entonces huyeron todos los bárbaros, ocultándose en las colinas por donde habían llegado los cartagineses.

Hannon, vencedor, se presentó ante las puertas de Utica é hizo tocar las trompetas; los tres jueces de la ciudad aparecieron en lo alto de una torre entre la almena.

Los de Utica no querían recibir huéspedes tan bien armados, lo que indignó á Hannon. Por fin, consintieron en admitirle con una corta escolta.

Las calles eran demasiado estrechas para los elefantes y fué preciso dejarlos fuera.

En cuanto el Suffeta entró en la ciudad, fueron á saludarle los principales ciudadanos; luego se hizo llevar á los baños y llamó á sus cocineros.

Tres horas después, aún estaba hundido en aceite de cinamomo, del que llenaron la pila; mientras se bañaba, comía sobre una piel de buey tendida, lenguas de fenicópteros con semillas de anémona mezcladas con miel. A su lado, su médico griego, envuelto en una amplia túnica amarilla, hacía calentar de cuando en cuando la estufa, y dos jóvenes inclinados sobre los peldaños del baño le frotaban las piernas. Pero los cuidados de su cuerpo no amenguaban su amor á la República y dictaba una carta para el Gran Consejo. Como se habían hecho algunos prisioneros, preguntábase qué terrible castigo inventaría.

—¡Espera!—dijo al esclavo que escribía—¡Que me los traigan! ¡Quiero verlos!

Desde el fondo de la sala, llena de un vapor blanquecino en que las antorchas fingían manchas rojas, empujaron á tres bárbaros: un samnita, un espartano y un capadocio.

—Continúa—dijo Hannon.—

«¡Alegraos, luz de los Baals! ¡vuestro Suffeta ha exterminado á los perros voraces! ¡Bendita sea la República! ¡Ordenad rezos públicos!»

Vió á los cautivos y riendo les dijo:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Valientes de Sicca! Parece que hoy no gritáis tan fuerte. ¡Soy yo! ¿Me conocéis? ¿A dónde están, pues, vuestras espadas? ¡En verdad que sois terribles!

Fingió querer ocultarse como si tuviese miedo.

—¡Pedíais caballos, mujeres, tierras, magistraturas, sacerdocios! ¿Por qué no? ¡Si, yo os daré tierras de las que jamás saldréis! ¡Se os casará con horcas nuevas! ¿Vuestra paga? ¡Os la fundiré en la boca en lingotes de plomo! ¡Y os pondré en buen sitio, muy alto, casi en las nubes, para que os acerquéis á las águilas!

Los tres bárbaros, desgñados y cubiertos de harapos, le miraban sin comprender lo que decía. Heridos en las rodillas, les cogieron echándoles cuerdas y arrastraban por el pavimento las gruesas cadenas de sus manos.

Hannon se indignó al ver su impasibilidad.

—¡De rodillas! ¡De rodillas! ¡Chacales, polvo, gusanos, excrementos! ¡Y no me contestan! ¡Basta! ¡Callaos! ¡Que se les despelleje! ¡No! ¡Esperad!

Soplaba como un hipopótamo dilatando los ojos; el aceite perfumado pegándose á las escamas de su piel y la luz de las antorchas le daba un tinte rosado.

Añadió:

—Durante cuatro días hemos sufrido el sol; en el paso de nácar hemos perdido las mulas. ¡Ah! ¡Cómo sufro! ¡Que se calienten los ladrillos hasta el rojo!

Se oyó un ruido de palos y el incienso humeó en los anchos pebeteros, y unos esclavos desnudos que sudaban como esponjas, aplastaron en las articulaciones del Suffeta una pasta compuesta de harina, azufre, vino tinto, leche de perra, mirra, gálbano y styrax. Una sed incesante le devoraba; el hombre vestido de amarillo no cedió á sus ruegos y tendiéndole una copa de oro donde humeaba un caldo de vibora, «Bebe, le dijo, para que la fuerza de las serpientes nacidas del sol, penetre en el tuétano de los huesos: ¡Oh! ¡Reflejo de los dioses! Ya sabes que un sacerdote de Schum observa alrededor del Perro los astros crueles que engendran tu enfermedad; palidecen como las máculas de tu piel y no morirás.»

—¡No! ¿verdad?—repitió el Suffeta—¡no debo morir!

Y de sus labios violáceos se escapaba un aliento más nauseabundo que la exhalación de un cadáver; dos brasas parecían arder en el sitio de los ojos, que no tenían pestañas; un colgajo de piel rugosa le caía sobre la frente; sus dos orejas, apartándose de la cabeza, empezaban á crecer y las arrugas profundas que formaban semicírculos en torno de sus narices, le daban un aspecto extraño y espantoso, gran semejanza á un animal feroz; su voz ronca parecía un rugido. Dijo:

—¡Quizás tienes razón, Demónades; creo que no debo morir! ¡Me siento fuerte; mira, mira cómo trago!

Y menos por gula que por ostentación, y para probarse á sí mismo que estaba bien, se hartaba de quesos, de pescados limpios de espinas, de ostras, huevos, trufas y pajaritos asados. Mirando á los prisioneros se deleitaba pensando en su suplicio. Al acordarse de Sicca, la rabia de todos sus dolores se exhalaba en injurias contra aquellos hombres.

—¡Ah! ¡Traidores! ¡Miserables! ¡Malditos! ¡Me ultrajabais á mí! ¡A mí, el Suffeta! ¡Sus servicios! ¡El precio de su sangre, como dicen ellos! ¡Ah! ¡Sí! ¡Su sangre! ¡Su sangre!

Hablando consigo mismo, añadió:

—Todos perecerán, no se venderá ni uno solo! ¡Mejor sería conducirlos á Cartago! ¡Pero no tengo bastantes cadenas! ¡Escribid que me envíen! ¿Cuántos son? ¡No haya piedad! ¡Qué me traigan en cestos todas sus manos cortadas!

En aquel instante estallaron gritos extraños, roncocos y agudos, dominando la voz de Hannon y el ruido de los platos que le servían; crecieron cada vez más y se oyó de súbito el grito furioso de los elefantes, como si la batalla empezara de nuevo. Un gran tumulto rodeó la ciudad entera.

Los cartagineses no habían tratado de seguir á los bárbaros; permanecieron al pie de las murallas con sus bagajes, criados y todo su tren de sátrapas. Entreteníanse en sus tiendas bordadas de perlas, mientras el campamento de los mercenarios, situado en la llanura, era un montón de ruinas. Spendio recobró su valor. Envió á Zarachas al campamento de Matho; recorrió los bosques; reunió sus hombres, que irritados de haber sido vencidos sin combate, formaron sus cohortes y campañas. Entonces encontraron un gran cubo de petróleo, abandonado, sin duda, por los cartagineses; Spendio hizo coger gran número de cerdos, los remojó con el líquido que inflamó y los echó al Utica.

Los elefantes, asustados por aquellas llamas, huyeron; el terreno estaba allí pendiente, y los cartagineses, al ver la luz de aquellos animales, tiraron á los elefantes jabalinas que acabaron de irritarlos, y con sus colmillos y bajo sus patas aplastaban á sus amos, les ahogaban, les destrozaban. De tres de los elefantes bajaban los bárbaros de la colina; el campamento púnico, sin empalizadas ni trincheras, fué tomado al primer intento, y los cartagineses aplastados contra las puertas que no se abrieron por temor á los mercenarios.

Apuntaba el día, cuando se vió llegar por Occidente la infantería de Matho. Al mismo

tiempo apareció gran número de ginetes; era Narr'Havas con sus nómidas; saltando barrancos y malezas perseguían á los fugitivos como lebreles que dan caza á las liebres. Aquel cambio de fortuna interrumpió al Suffeta, que gritó le sacaran del baño.

Los tres prisioneros permanecían aún frente á él; entonces un negro, el mismo que en la batalla llevaba su quitasol, le habló al oído.—¿Qué? —contestó el Suffeta lentamente.— ¡Ah! ¡Mátalos! —añadió con tono brusco.

El etiope sacó del cinto un largo puñal y las tres cabezas cayeron. Una de ellas, botando entre los restos del festín, saltó dentro de la pila donde flotó un instante con la boca abierta y los ojos fijos.

La claridad de la mañana entraba por las aberturas; de los tres cuerpos tendidos boca abajo, salía la sangre á borbotones como de tres fuentes y corría por el mosaico cubierto de polvo azul. El Suffeta mojó la mano en aquel fango caliente y se untó con él las rodillas; era un remedio.

Cuando llegó la noche salió de la ciudad con su escolta y metióse entre las montañas para reunirse á su ejército.

Sólo encontró los restos.

Cuatro días después estaba en Gorza, en lo alto de un desfiladero, cuando las tropas de Spendio se presentaron en la parte baja.

Hannon reconoció en la retaguardia al rey de los nómidas; Narr'Havas se inclinó para saludarle, haciéndole una señal que no comprendió. Volvió á Cartago, sufriendo mil penalidades. Únicamente caminaban de noche, y por el día se ocultaban entre los olivares; en cada etapa morían muchos y varias veces se creyeron perdidos, hasta que por fin llegaron al cabo Hermacun, donde se embarcaron.

Hannon estaba tan fatigado, tan lleno de desesperación, que pidió veneno á Demónades; además, se veía ya crucificado.

Cartago no tuvo fuerza para indignarse contra él. Se habían perdido cuatrocientos mil novecientos setenta y dos siclos de plata; quince mil seiscientos veintitrés shekels de oro; diez y ocho elefantes, catorce individuos del Gran Consejo, trescientos ricos, ocho mil ciudadanos y todas las máquinas de guerra. La defección de Narr'Havas era cierta; los dos sitios empezaron de nuevo. El ejército de Autharito se extendía ahora desde Túnez á Rades.

De lo alto del Acrópolis se veían en la campiña espesas humaredas que subían hasta el cielo; eran las quintas de los ricos que ardían

Sólo un hombre hubiera podido salvar á la República. Se arrepintieron de haberlo desconocido, y hasta el partido de la paz votó holocaustos para la vuelta de Hamilcar.

La pérdida del zaimph había transformado á Salammbó; por la noche creía oír los pasos de la diosa y despertaba asustada lanzando gritos. Todos los días mandaba llevar comida á los templos; Taanach se extenuaba cumpliendo sus órdenes y Schahabarim no lo abandonaba.



“REVISTA MODERNA DE MEXICO”

MAGAZINE ILUSTRADO.

Subscripción en la ciudad, semestre adelantado	\$ 3 00
En los Estados y Extranjero	4 00
Número suelto, en la ciudad	0 60

Propietarios: JESUS E. VALENZUELA y AMADO NERVO.

Director: JESUS E. VALENZUELA.

Consultor artístico: JESUS URUETA.

Secretario de Redacción: EMILIO VALENZUELA.

Dirección: Cordobanes núm. 2. Apartado 49 bis.

SUMARIO DEL NUMERO 4.

TEXTO:

Viajes extraordinarios de Sir Job, Duque.—Manuel Gutiérrez Nájera.
Interior.—Luis G. Urbina.
Lucifer.—Anatole France.
Poemas que España manda á México.—Andrés González Blanco.
Eugenio Carrière.—Conferencia de Alfonso Cravioto.
Dos Sonetos de Leopoldo Díaz.
Poemas en Prosa.—Stéphane Mallarmé.
Luz de Luna.—Abel C. Salazar.
Dilucidaciones.—Rubén Darío.
Culpa á la brisa.—María Enriqueta.
De “Los Trofeos” de José M. de Heredia.—Rafael López.
Las “Poesias” de Unamuno.—Pedro Enríquez Ureña.
El castillo en ruinas.—Emilio Valenzuela.
El nenúfar blanco.—Stéphane Mallarmé.—Trad. de R. Gómez Robelo.
La muerte de la “Revista Azul.”
Canción de la noche en el mar.—Rubén Darío.
A un cuistre.—Jesús E. Valenzuela.
El Teatro en París.—E. Gómez Carrillo.
La conferencia sobre Nietzsche.
Erección de una estatua al Duque Job.
Visiones de México.—Max Enríquez Ureña.
La moza del cántaro.—Enrique Diez-Canedo.
Bibliografía.
El canto del cisne.—Rubén M. Campos.
Jorge Enciso.
Conferencias.
Folletín de la «Revista Moderna»

GRABADOS:

La Leyenda de la Reina Mora.—Agua Fuerte de Julio Ruelas.
Alfonso Cravioto.—Retrato por Alfredo Ramos Martínez.
Auto-retrato. Maternidad. La familia N. N. Cabeza de niño.—Eugenio Carrière.
La muerte.—Agua-fuerte de Julio Ruelas.
Sra. Matilde de la Garza de Margáin.
Exmo. Sr. D. Enrique C. Creel, Embajador de México en Washington.
Jesús Urueta, nuestro consultor Artístico.—(De «El Diario Ilustrado»)
De la Exposición de Sketches.—Casa Vieja.—Jorge Enciso.

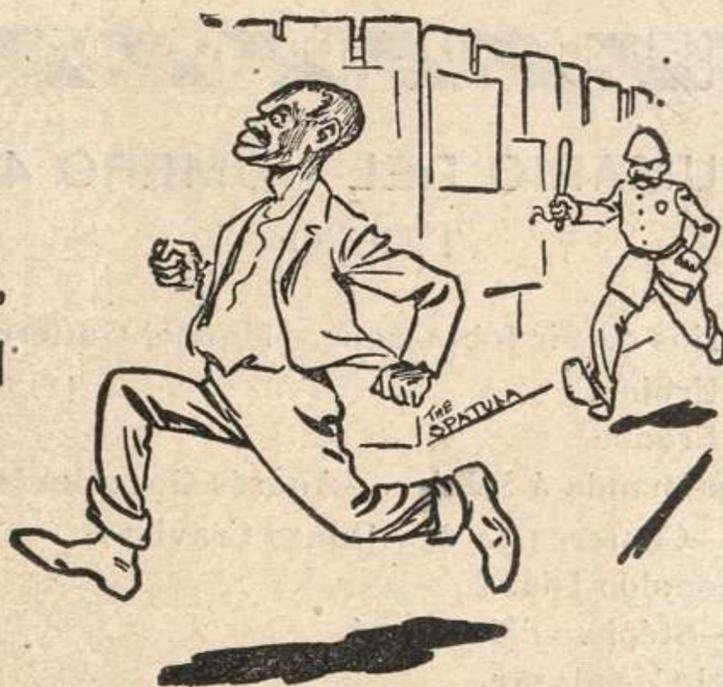
LAS PILDORAS NACIONALES

SON UN MARAVILLOSO

REMEDIO ANTIPALUDICO

Mucho más eficaz
que la quinina
Contra Calenturas,
Influenza, Debilidad
y Anemia.

No exigen dieta.



A la vez que es-
timulan el apetito y
producen sangre y
fuerzas, destruyen
todo germen de Ma-
laria ó Paludismo,
sin ser purgantes.

¡HACEN CORRER A LAS CALENTURAS!

DE VENTA:

En todas las Droguerías y Boticas

Cajas chicas \$ 0 50

Id. grandes . \$ 1 25

Deseuentos Liberales

al Comercio.



Las enviamos

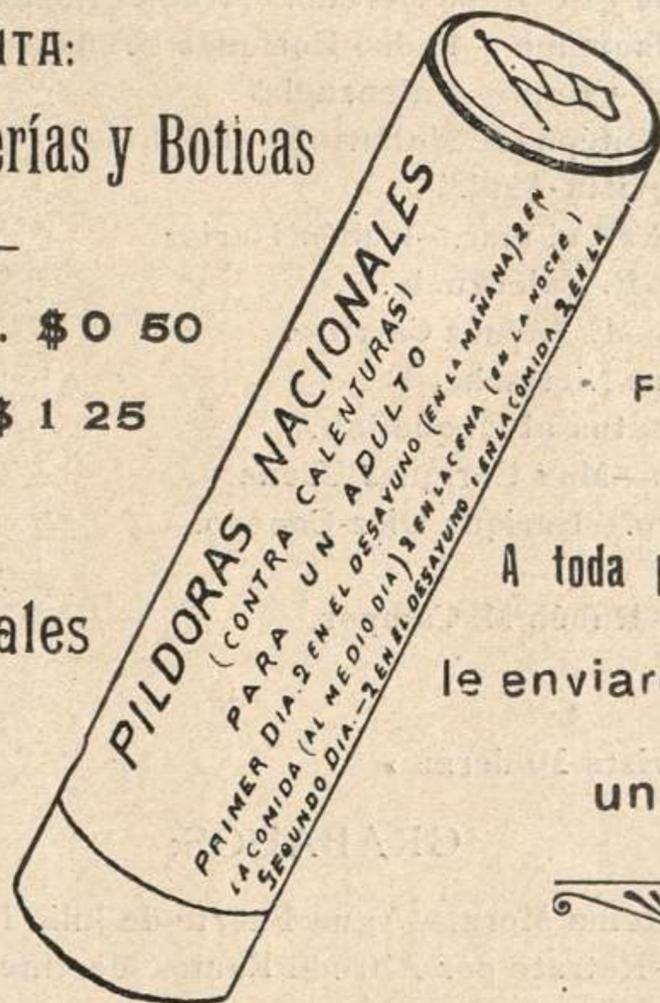
á cualquier parte

Por Correo

FRANCO DE PORTE

A toda persona que lo solicite
le enviaremos "gratis"

un folleto.



Compañía de las Píldoras Nacionales.

Primera de San Francisco Núm. 14.